

EL ÚLTIMO ROMÁNTICO

*Memorias sentimentales de un
venezolano en el extranjero*

MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PIRELA

1.ª edición en la Fundación para la Cultura y las Artes. FUNDARTE, 2020

2.ª coedición, corregida y modificada en La Iguana Ediciones y la Fundación
para la Cultura y las Artes. FUNDARTE, 2024

El último romántico

© Miguel Ángel Pérez Pirela

La Iguana Ediciones

Fundación para la Cultura y las Artes



Laiguana.tv

Presidente

MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PIRELA

La Iguana Ediciones

Directora

XIMENA GONZÁLEZ BROQUEN

Plaza Venezuela, Torre Phelps, piso 20. Caracas

Email: mercadeolaiguana@gmail.com

www.laiguana.tv

[instagram/laiguana_tv](https://www.instagram.com/laiguana_tv)

[facebook/iguana.tv](https://www.facebook.com/iguana.tv)

[x/la_iguana_tv](https://twitter.com/la_iguana_tv)

Edición: MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PIRELA
Corrección: MIGUEL RAÚL GÓMEZ GÓMEZ
Portada: RITA SOTELDO
Diseño y diagramación: DAVID ARNEAUD

ISBN: 978-980-253-852-2

Depósito Legal: DC2024001165

Fundarte. Avenida Lecuna, Edificio Empresarial Cipreses,
Mezzanina 1, Parroquia Santa Teresa. Zona Postal 1010

Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Teléfonos: (58-212) 541-70-77 | 542-45-54

www.fundarte.gob.ve

EL ÚLTIMO ROMÁNTICO

*Memorias sentimentales de un
venezolano en el extranjero*

MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PIRELA



FUNDARTE
Fundación para la
Cultura y las Artes



EDICIONES

*La filosofía, tal como la he entendido y vivido
hasta ahora, es vida voluntaria en el hielo
y en las altas montañas: búsqueda
de todo lo problemático y extraño en el existir,
de todo lo proscrito hasta ahora por la moral.*

FRIEDRICH NIETZSCHE

A mi hermano Daniel Yegres
porque paseó con este libro, una y otra vez,
por el metro de París,
cuando todavía era una obra inédita,
feliz e indocumentada.

Aves carnívoras

Los atrevidos giros de palabras, las marañas de frases desafiantes de cierta moral, la amalgama de verbos insurrectos que encontrarán a continuación son aves rebeldes que escaparon de sus jaulas, tras un largo cautiverio.

Mientras estuvieron en prisión ha cambiado todo, al menos en apariencia: el mundo; lo políticamente correcto; el hombre del que brotaron estas confesiones, apenas envueltas en su personaje; las predilecciones narrativas de la juventud y, desde luego, nosotros y nosotras (como se debe decir ahora). Pero es bueno recalcarlo: muchos de estos cambios solo lo han sido en apariencia, pues los sentimientos y las pasiones, las angustias y las miserias que acá se retratan siguen estrujando a la gente y marcando sus historias. Y el mundo, pese a tanto cambio, sigue siendo el mismo. O casi.

Los dieciocho años de encierro hicieron de estos pájaros carnívoros unas criaturas todavía más voraces y por eso se lanzan sobre el lector a picotearlo sin misericordia desde la primera línea, a retar su determinación de tolerar la realidad narrada y descrita sin sutilezas, como la costura de una herida que se hace con poca o ninguna anestesia.

El tiempo de enclaustramiento de estas páginas condujo a un problema de sincronía literaria. Hay historias que solo pueden contarse desde la visión de la juventud; y otras, solo desde la madurez o la vejez. Y no se trata tanto de que haya temas y acontecimientos propios de cada edad (que sí los hay, desde luego), sino más bien de que los seres humanos (los *entes*, preferiría decir el personaje de esta novela) somos los mismos a lo largo de la vida, pero en realidad somos diferentes en cada etapa. A veces, sustancialmente otros.

El Miguel Ángel Pérez Pirela de 2020, todavía joven, pero no tanto como aquel que se vació sobre el papel en *El último romántico*, ha sabido respetar a su antecesor cronológico. Con ello, los privilegiados lectores del manuscrito hemos podido viajar en el espacio-tiempo (como al autor le gusta tanto decir) y conocerlo veinteañero y ya filósofo, es decir, un genuino monstruo, en las varias acepciones de esa palabra. Quienes lean esta historia, narrada a ritmo trepidante y desasosegado, tendrán esa retribución adicional de encontrarse con ese Pérez Pirela inédito en más de un sentido, alguien distinto a la personalidad mediática que la mayoría conoce, pero indudablemente él.

En esas escenas retrospectivas, el lector (siempre y cuando tenga edad suficiente para ello) puede mirarse de nuevo a sí mismo en ese tiempo de entresiglos. Es recomendable que lo haga para no caer en el error de juzgar al personaje con los criterios de corrección que –por fortuna– han germinado y florecido en los siguientes años, sobre todo en esos temas volcánicos del sexo, el género y sus zonas contiguas.

Si el libro hubiera de incluir una advertencia, esta sería entonces que el protagonista-narrador es como todos éramos entonces, antes

de que revoluciones ajenas y propias nos limaran un poco (todavía falta mucho) ciertos resabios.

Para los más jóvenes, los que no hicieron ese cruce entre centurias o no tienen claros recuerdos de tal tránsito, *El último romántico (Memorias sentimentales de un venezolano en el extranjero)* puede ser una ventana para mirar cómo fueron los amores, las congojas, las zozobras, los vacíos de sus padres o de sus hermanos mayores, y así, faltaría más, compararlas con los arrebatos y las tribulaciones propias. Aventurando un poco, seguramente son las mismas, apenas modificadas por los cambios que –algunos para bien, otros para mal– nos han traído los tiempos más recientes.

En modo de monólogo, el protagonista de esta historia zarandeo al lector, llevándolo desde algún lugar de Italia hasta París y luego hasta un Maracaibo de pozos sépticos rebosantes, burros charreros y obreros sobrevivientes; desde Kant, Hobbes, Aristóteles, Leibniz o Maquiavelo hasta las telenovelas venezolanas, causantes de diatribas familiares con toques de realismo mágico; y desde los sórdidos recovecos del amor y la carne hasta las reflexiones sobre lo mal que anda este mundo, se le mire por donde se le quiera mirar.

Ese brioso escritor juvenil (apenas editado ahora por sí mismo, el intelectual de este tiempo) plasmó su relato en un estilo incontestable, vertiginoso, sucio de autenticidad, influido –según su propia confesión– por las lecturas tempranas de Charles Bukowski; por *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo; por *Antes que anochezca* de Reinaldo Arenas, y por *Memorias del subdesarrollo* de Edmundo Desnoes, todo un coctel de irreverencia, lenguaje directo, desilusión, incertidumbres existenciales y búsqueda desesperada de un lugar adecuado cuando se transita entre mundos muy disímiles.

Brillante por su técnica literaria, el texto es básicamente una profunda y continuada reflexión sobre asuntos de trascendencia, pero ese ejercicio ontológico va tejido de tal manera con la desbordada línea narrativa, en tono de confesión, que mantiene en vilo a un lector a cada paso increpado, preocupado, involucrado forzosamente, insultado incluso.

Por esta última característica, quizá a algunos les resultará un reto seguir leyendo, pero (y este es un dilema que cabe esperar del hijo novelístico de un filósofo) también será un reto abandonar la lectura a mitad de camino.

CLODOVALDO HERNÁNDEZ

Algunas veces algo comienza mal y como por arte de magia continúa mal, irremediablemente mal. Una situación que se nos escapa de las manos y ahí van, dos mil situaciones que se le unen, que hacen fila para joderte la vida. A veces pareciera que un error llamara a todos los demás para condenarte a cadena perpetua quién sabe por qué.

Nuestra historia fue así. Un error llamó a todos los demás y aunque sé que no me van a creer, en ese café, esa noche, cuando hice lo que hice, no le quise hacer pagar todo mi odio y mis errores con mi ex a ese machito de pacotilla que me retaba. Pero al final de cuentas ¿qué podía hacer? La situación no me ayudaba: había regresado a la vieja ciudad de la cual un día partí escapando de mi ex, y para colmo me había acostado con ella después de algunos años de separación, traicionando no solo a su compañero trotskista, sino también y sobre todo, a mi amante usual, una malabarista de un circo húngaro a la que le faltaba un brazo. Ese brazo que le faltaba para mí nunca fue un problema, visto que con el brazo que le quedaba, a punta de divinas masturbaciones, esa malabarista me había hecho olvidar la sombra ilustre y exagerada de mi ex. Por eso también estoy mal, porque al parecer todas esas masturbaciones no sirvieron de nada.

Fue pura paja. Estuve en esa ciudad, me acosté con mi ex y sentí de nuevo lo que pensaba nunca más volvería a sentir.

Con mi ex, en estos últimos días, había estado genitando cual conejos desesperados, tristes, enamorados. No les puedo negar que fue difícil penetrarla. Entrar en ella era algo así como la última prueba de que el amor no existía realmente, y que lo único que existía y valía la pena hacer era tocar los objetos empíricos, olerlos, acariciarlos, eyacularlos. Hacer el amor con mi ex se demostró como el triunfo del materialismo histórico, podría decir. Después de varios polvos con mi ex, presencié algo así como una iluminación que con lucecitas y estrellitas resplandecientes me decía que todo lo que no era material, no era otra cosa que una invención aburrida y esquizofrénica de eso que no somos. La verdad es que no le paré mucha bola a esa iluminación. Dentro de poco sabrán por qué.

Bueno, tengo que aceptarlo, no debí. Ese día, en ese café, a esa hora, después de tantas cervezas, rones, sonrisas de calcomanía y temas sin sentido, no debí caer en la tentación del destino de mierda. No debí hacerle eso a ese machito peleón. Pero es que la había saludado hacía apenas algunos instantes y en su mirada había descifrado un adiós sin precedentes, que superaba al primer adiós de pocos años atrás.

Sí, porque hacía un tiempo que no nos veíamos. Después de nuestra última pelea, dos años atrás, el patetismo ya era demasiado, no lo soportábamos. Así que por unanimidad del odio decidimos sin previo aviso ni alevosía cambiar de ciudad. No juntos, claro está. Cada uno por su parte. Cada uno a construir sus propios sueños, cada uno a genitar hasta el cansancio, a drogarse, a joderse con sus propias manos para no poder echarle la culpa al otro.

Ella se fue a una pequeña ciudad que es mejor que no les diga, porque yo sé que apenas lea esto me va a denunciar por cualquier cosa. Yo me fui a París. Sí, señoras y señores, agarré mis morrales y me largué. Me fui escapando de ella y de mí y, sin saberlo, en esos morrales que pesaban tanto, me la llevé a ella y a mí, muertos en vida, hechos añicos, recuerdos baratos, patetismo de telenovela.

Yo agarré mis macundales, boté dos lágrimas de actor despedido y me marché en un avión de tercera categoría lleno de sicilianos, monjas y sobre todo de paranoias mías. El avión llegó a París en un día de sol y mucho frío. Recuerdo que en ese café, años después de aquella última pelea con mi ex e instantes antes de hacer eso que no debí hacerle a ese machito, recordé ese sol de ese primer domingo parisino. Ahora que lo pienso, creo que fue ese sol cegador y no las cervezas, lo que me dio la fuerza sobrehumana de hacer eso que hice. Sí, tal vez el recuerdo de ese sol me cegó y ahí te voy.

Pero vamos más a lo específico de la historia, no vaya a ser que me cierren el libro y se me vayan. Sé que los estoy perdiendo con tantas referencias desperdigadas. Pero, bueno, así son los cuentos del corazón partío de un hombre que no debió hacer eso que hizo, ni con su ex, ni con el machito.

Después de todo el tiempo transcurrido en París, no sé por qué coño decidí regresar a la ciudad de donde había escapado. No me pregunten por qué decidí regresar, por favor. Lo cierto fue que agarré mis corotos y me monté en el mismo avión de tercera categoría, pero de regreso. La excusa que me había inventado para regresar (porque yo como ustedes debo siempre justificar cada mínima burrada que hago con una burrada racional todavía más grande) era: «quiero agarrar los amargos recuerdos uno a uno y mandarlos en

fila india pa la mierda». Y se los juro, el plan me estaba saliendo de maravilla. Tenía casi tres días en esa ciudad y ya casi todo el pasado oscuro y absurdo se había convertido en cervezas y bailes hasta el amanecer. Saben, nosotros los caribeños creemos resolverlo todo así. Lo que no resolvemos con una cerveza, lo resolvemos con muchas cervezas. Tal vez sea por eso que nos la pasamos escuchando canciones muy tristes y melancólicas, pero con melodías alegres y carnavalescas. Nosotros los caribeños queremos resolver los problemas del corazón con mujeres, caña y salsa, y lo único que hacemos es convertirlos en mujeres, caña y salsa. A la tristeza de los caribeños no le quedó otra que aprender a bailar salsa.

Lo mejor de todo era que yo, que soy un mujeriego purasangre, durante ese viaje no tuve la más mínima necesidad de acostarme con ninguna mujer. Se los juro, todo estaba saliendo de las mil maravillas. Hasta que, después de algunas cervezas, tuve la magnífica idea de marcar el número de ella, de mi ex. Consciente, claro está, de que ella en ese espacio-tiempo no estaría en su casa. Pensé que ella todavía estaba en su nueva ciudad refugio. Dejé repicar varias veces el maldito teléfono amarillo en forma de banana de su casa, como para percatarme de que ella seguía en su pequeña ciudad de mierda cuyo nombre, repito, no voy a mencionar, no sea que su oficina de turismo me denuncie por daños y perjuicios. «Dos repiques más», me dije, «y tranco y sigo bebiendo caña pa emborracharme y acostarme pa la verga». «¿Aló?», alguien dijo desde el teléfono de banana. «Aló», ese alguien repitió. Era ella. Me quedé en silencio. Ella repitió estúpidamente varias veces «aló, aló, aló», y después con un tono dulce y comprensivo me dijo que fuera a joder a mi madre, mudo de mierda. Claro está

que no me dijo mudo de mierda a mí, porque yo en ese momento no era yo, sino un mudo de mierda cualquiera. Así que ni siquiera me di por aludido. No me sentí tocado en mi orgullo de macho caribeño. Tal vez fue por ese motivo que volví a llamar, pero evidentemente ella, mi ex, no respondió.

Pensándolo bien, si no hubiese llamado ese día a mi ex, no le habría hecho esa noche, en ese café, a ese pobre diablo que quería jugar Rocky IV, eso que le hice. ¿Qué pasó después de la llamada?, se preguntarán los pocos literatos averiguadores que resistieron al sinsentido que estoy tratando de expresar. Pues muy fácil. No se me ocurrió otra cosa que esperarla en su casa. Bueno, no en su casa, más bien debajo de su casa, escondido como un vulgar ladrón que la única cosa que quiere robar son los instantes cotidianos de su ex, y sí que lo logré.

En pocos días ya sabía cada uno de sus movimientos. Si quieren que se los cuente digan «sí» mentalmente. Qué averiguadores que son, lo quieren saber todo. No se preocupen, para eso estoy. ¿Por dónde comenzar? No sé si comenzar por orden cronológico o por orden de gravedad. Comenzaré por lo que me venga.

A mi ex la vi haciendo de todo. A la susodicha le había dado por «tomar nuevas vías más adaptadas a una mujer de su época», como me lo repetía otrora en medio de sus delirios feministas. Entonces, yo pensaba que le había entendido. Pero fue espiándola que me pude dar cuenta de qué era lo que en verdad quería decir cuando hablaba de esas «vías». Esas nuevas vías, caminos, calles, llámenlas como quieran, que por fin había podido tomar, estaban hechas de un polvito blanco, algo así como un talquito, que colocado en forma de una callecita pequeña era... ¿cómo lo puedo decir?, respirado a través de su naricita perfecta, que de tanto aspirar nuevas vías ya se le estaba gastando.

Después que mi ex respiraba su polvito mágico se prendía el bochinche. Comenzaba la fiesta con los amores pueriles e ingenuos que había por fin encontrado. Esos que siempre evocaba cada vez que peleaba conmigo. Hablo de dos años atrás, cosa del pasado. Mi ex por fin había encontrado hombres como los que ella soñaba. Verdaderos románticos que nunca le habrían hecho ninguna escena de celos, ninguna discusión más allá del «me gusta como tiras, mami-ta». Mi ex había descubierto por fin su *free lover*, su amor modelo 1968. Ese sentimiento libre con el que, después de su pase de coca, podía abrir sus bellísimas y largas piernas para recibir todo el cargamento de amor en chorritos blancos. Mi ex es algo así como una romántica; tal vez por eso la amo todavía.

Durante todos esos días la estuve mirando desde el hueco de la cerradura, desde la ventana que siempre deja abierta, desde el techo de la casa de enfrente y, se los puedo jurar, hasta desde los mismos ojos de sus amantes mientras se la cogían, a través de un proceso del cual aquí no les puedo hablar. Más de una vez entré en medio del delirio sexual que le produce la cocaína y estuve ahí, cogiéndomela sin ningún escrúpulo, como Dios manda. Ella no sabía que era yo, seguramente me habría matado. Pero ¿saben?, a pesar de todo yo sé que mi ex estaba segura al mil por ciento de que era yo, yo su ex, el que se la cogía en esos momentos mamándole hasta el culo. Tal vez por eso me mordía sin pudor, dejándome lívidos exagerados que todavía, mientras les escribo, me duelen. Tal vez porque sabía que era yo, me chupeteaba con su lengua puntiaguda y herética, recorriéndome como a un puente largo, maravilloso. Me hacía delirar mi ex en esos momentos, cantar, llorar. Eyaculaba con líquidos de todos los colores del planeta, en medio de exultaciones y saltos insospechados, que dejaban anárquico y con apariencia de arcoíris el cuarto en el que estábamos. Pero voy a dejar de dármeles del Bukowski de la situación, no vaya a ser que les dé por tirar a ustedes también y me dejen hablando solo.

Lo que sí quiero aclarar es que yo la amaba y todo eso que hacía, sentía, vivía con ella, era un pedazo grande e inmediato de amor. Dentro de poco les explicaré qué es el amor para mí, porque por lo que veo a ustedes hay que enseñarles todo desde cero. Han aprendido demasiado de las novelitas de amor que andan de moda por ahí. Pero por ahora prefiero no aburrirlos con dilucidaciones psicológico-filosóficas. Sigamos con lo nuestro, o mejor, con lo mío, porque ustedes no son más que averiguadores empedernidos, cómo diría, miradores de huecos de cerraduras.

Aquí reflexionando, quizás era en pervertidos como ustedes en los que pensaba la noche en la que le hice eso al gallito de pelea en aquel café. Tal vez son ustedes los verdaderos y únicos culpables de lo que pasó. Así que pónganse pilas, no me vaya a dar por denunciarlos por complicidad y de paso denunciarme a mí por lo que hice, pa ver si logro sacarle a los del gobierno algunos añitos de papa y techo. Porque, más allá de todo, un escritor que se respete debe hacer pasantías en la cárcel. Eso le da respetabilidad y, sobre todo, credibilidad.

Bueno, qué más, a hablar del amor, a describir el amor. Ese fantasma blanco, idílico, estupendo, con su olor a mierda y mirra.

Comencemos por el inicio: yo-amaba-a-mi-ex. Que qué quiere decir eso. Es simple: «yo» soy yo, el que les está contado el brollo; «amaba», es el pasado del verbo amar, verbo que dentro de poco les explicaré (al final entenderán por qué uso el tiempo pasado del verbo); y «mi ex», es simplemente ella, mi ex, es decir, la persona a la cual iba dirigido eso que estoy por explicar.

El amor por ella nació un 456 de febrero de 18546, eso es lo que menos importa. El amor puede nacer en cualquier tiempo y espacio. Ese coño de su madre aparece vestido de no sé qué y no sé cuándo y no se mueve hasta que nosotros, es decir *yo* que soy el último romántico del mundo, con mucho sufrimiento y alcohol encima no le dé una buena patada por ese culo y lo mande a mamar. No sé si me siguieron el razonamiento, por lo que traduzco: el amor, el único amor que queda en este mundo, el mío, perduró hasta que quien les escribe, una tarde parisina, en uno de los tantos cafés de la ciudad, se derramó en lágrimas amargas que escondían la impotencia de un imposible con el que no podía más, y decidió matarlo.

Es inútil que les cuente cómo pasó y por qué comenzó. Ni lo uno ni lo otro tiene mucha importancia. Lo único que recuerdo es que cuando me di cuenta del amor, ya estaba enamorado, y ya era demasiado tarde.

Al amor lo conocí, o mejor dicho lo reconocí, una tarde en la que me vi con el cuerpo de mi ex en biquini y parado, óigase bien, parado y no acostado, sobre una cama conmigo abajo, acostado. Sus dos piernas abiertas me cortaban como una tijera humana. Yo estaba en medio y debajo de ellas, vestido e inmóvil. Más que inmóvil, impotente. Sí, ahora que recuerdo, la miraba perplejo. Sin darme cuenta, yo me había convertido en dos ojos delirantes que admiraban la belleza sin límites de mi ex. A pesar de que entre las muchas máscaras que tengo, una de las que más me resulta es las del caribeño caliente, ese día, con el cuerpo de mi ex, que todavía no era mi ex, sobre mí, no tuve ningún tipo de reacción, ni física ni mental; es decir, no tuve ningún tipo de reacción sexual, porque la fórmula del amor es simple: cuerpo + mente. Mi cuerpo y mi mente se habían ido no sé a dónde, y me habían dejado en esa cama solo, con el cuerpo maravilloso de mi ex. Bueno, no solo, me habían dejado con un sentimiento gigante que no podía controlar. Señoras y señores, estaba enamorado de mi ex en biquini y sin sostenes. Lo supe porque por primera vez en mi vida yo, el animal yo, era puro sentimiento, un pedazo grande de sentimiento acostado en la cama y mirando desde abajo a la que ahora es mi ex. Fue la primera vez que entendí la diferencia entre tener sexo y hacer el amor.

Disculpen los amantes de las novelas románticas, pero me tengo que alejar del romanticismo. No por gusto, sino porque desgraciadamente, por objetividad de la profesión, les tengo que contar que

para ella no fue lo mismo. Mi ex estaba mojada, mojadísima. Recuerdo que me miraba con unos ojos de Mujer-Candela que solo comprendí una noche furtiva parisina en la que estuve con una mujer, prácticamente virgen, que me deseaba como jamás lo hubiera pensado. Dije prácticamente virgen porque después de 12 años de matrimonio con el único novio que había tenido en su vida, nunca había probado el antipasto agridulce de la infidelidad.

Pero bueno, no quiero perderlos en inutilidades. Vamos a lo nuestro: la definición de amor es... No, disculpen, no puedo hacer como si nada. La verdad es que me siento como ridículo de contarles lo que les conté. Imagínense la escena: yo en una cama, enamorado, y ella, mi ex, la mujer que amaba, con ganas de cogerme en tiempo récord. Pensándolo bien tengo que dejarme de esas mariqueras del amor platónico, no vaya a ser que uno de estos días, por andar de cabrón, me metan una teta por el culo. Las cosas están cambiando y ahora las mujeres son más machos que los hombres.

Regresando al cuento, recuerdo que ese día mi ex me preguntó, todavía de pie, en biquini, sin sostenes y conmigo debajo: «¿Me encuentras linda?». Yo no sé la respuesta que le di, o mejor, la sé pero no se las digo porque reirían hasta orinarse y después cerrarían el libro y se me irían pa Harry Potter. Lo que sí les puedo decir es que la miré con ojos de chivo degollao y, por primera vez, ella supo que el frígido que tenía delante estaba enamorado de ella. En el amor siempre hay uno más estúpido que el otro (El amado y el amante de Platón, ¿recuerdan?), uno que ama más al otro y, con toda seguridad, les puedo decir que a partir de ese día, por unanimidad de yo conmigo mismo, ese estúpido fui yo.

3

Legados a este punto, amárrense los pantalones porque vamos a entrar en la filosofía. Sí, les voy a explicar el amor a partir del mundo filosófico. Que quede claro que no lo hago por presunción. La razón es simple: si me pongo a hablar de amor, de mi amor, porque es el único que existe en este mundo de mierda, me pongo a llorar o a escribir una telenovela mexicana, brasileña o, en el peor de los casos, venezolana.

Les hablaré del amor filosóficamente porque para mí, el último romántico que existe, la única forma de expresar el amor es haciéndolo razón, pensamiento. Tal vez esto sea una buena prueba del hecho de que la única forma de vivir en esta mierda sea, o hacerse mierda, o hacerse Dios. Yo escojo la segunda. De hecho, hablaré como Dios, desde la altura de mi superioridad racional, porque si no, se los aseguro, me voy en lágrimas cual Barbie rosada con vida propia y sin Ken.

Tal vez si no hubiera visto las cosas como un Dios esa noche en ese café, no hubiera hecho eso que hice. Ahora que lo pienso, si hubiera actuado esa noche como uno de los tantos mojonos que pueblan este mundo de mierda, no hubiera hecho nada. Cuando uno mira todo desde la óptica de Míster Mojón, todo le parece

normal: a uno le parecen normales los cobardes que estaban ahí esa noche y que no hicieron nada para impedir lo que sucedió; las cervezas costosísimas que hacían todavía más rico al propietario del café; el montón de mujeres que, partiendo del maquillaje y de los vestidos que traían, hacían notar el precio que de antemano tenían pegado en el culo. ¡Maldición! tengo que dejar de pensar como un Dios o voy a terminar mal. Es más, cambiemos de tema, o mejor, sigamos con nuestro tema y no nos perdamos. ¿En qué estaba? ¡Ah, sí! en la explicación filosófica del amor. Les haré una promesa, déjenme que realice mi último razonamiento en cuanto a Dios y después me volveré como ustedes: miradores de huecos, mojones, nadas vestidas de no sé qué y con un precio en el culo.

Voy con la filosofía: metafísicamente hablando existen «seres», o como los llaman en los bajos fondos de la ontología, «entes». Todos somos entes. Todo lo existente, físico y no físico puede ser llamado «ente». Existe una jerarquía ontológica a través de la cual, por ejemplo:

1. Dios es el ser de los seres, el ser en cuanto tal. Podríamos decir, la existencia que no depende de nada.
2. Después vienen los ángeles, en cuanto seres que no son físicos, seres celestiales.
3. Después los hombres, en cuanto seres físicos pero también espirituales.
4. Después los animales y plantas, en cuanto a seres vivos con movimiento autónomo y autoperfeccionante pero sin espíritu.

5. Y por último los pobrecitos minerales que «son», ontológicamente, pero sus movimientos no dependen de ellos mismos. Estos no pueden pensar, ni comer, y sobre todo, no pueden sufrir.

¡Dios mío, tú que eres el ser en cuanto tal, el absoluto, el motor inmóvil como te llamaba Aristóteles, hazme, te lo ruego, un mineral, una piedrecita inocua tirada por ahí!

Partiendo de esta vieja jerarquía podemos afirmar que Dios y los ángeles están demasiado altos como para sufrir, y los animales y plantas están demasiado bajos como para reflexionar sobre el sufrimiento y paranojarse. Socioeconómicamente hablando, sería algo así como que Dios y los ángeles son demasiado ricos como para no permitirse todo lo que desean, y los animales y plantas demasiado ignorantes como para darse cuenta de que están en la mierda. Conclusión de la jerarquía ontológica: los hombres no solo estamos en la mierda (en cuanto seres físicos), sino que nos damos cuenta de estar en ella (en cuanto seres espirituales) y aprovechamos para revolcarnos. El amor es uno de los ejemplos de ese revolcarse en la mierda ontológica. En cuanto seres materiales buscamos a la hembra o al macho para reproducirnos; en cuanto seres espirituales buscamos siempre a la hembra o al macho equivocado y como verdaderos güevones nos enamoramos.

Pasemos ahora de nivel. Hay ciertas acciones que, desde el punto de vista de la naturaleza de las cosas, no le son permitidas a un mineral, en cuanto son solo y únicamente acciones humanas. Las mismas dependen de la grandeza del hombre, ¿cómo podríamos decir?, de su libertad. Desde este punto de vista, una piedrecita no puede, y tal

vez nunca podrá, gastarse todo su dinero del mes para ponerse un vestido y un pintalabios rojo e ir a saltar en un lugar con lucecitas, entes químicos llamados *éxtasis* y música a todo volumen. Para un mineral «la acción humana» es un «más allá» al cual nunca llegará. Una piedrecita no se dará jamás cita con otra piedrecita en una playa y las dos juntas y tomadas de las manos nunca podrán arrastrarse hasta el final del horizonte, para después pegarse una contra la otra con fuerza y continuar a empujarse con el propio cuerpo mientras se dicen «sí papito, así me gusta». Un gato, señoras y señores, aunque lo desee con todo su ser, nunca podrá comprender un capítulo de Baywatch.

Piensen en el extraño fenómeno del abrazo. Imagínense, por ejemplo, a un marciano que ve a dos seres humanos con los ojos cerrados «agarrándose» (literalmente) uno al otro sin moverse, como si en cualquier momento uno de los dos se fuera a caer o a salir corriendo. Un marciano nunca entenderá un abrazo. Ni mucho menos la cara de cabrón que uno pone cuando abraza.

Regresando al ejemplo de la piedra, podemos afirmar filosóficamente que la misma es eso que es y ya. Nosotros no. Nosotros somos y en cuanto somos, somos buscadores. Tendemos siempre hacia ese algo que no tenemos, a eso que no somos. En cuanto seres materiales y espirituales somos libres y hacemos uso de esa libertad para autojodernos. Sí, el ser humano es un buscador, pero un buscador de problemas. Contrariamente a una piedrecita, nos movemos de aquí para allá con acciones completamente irracionales, inventándonos situaciones patéticas para finalmente sentirnos tristes o contentos, llorar o reír. Solo entonces, en cuanto patéticos, somos

y nos sentimos vivos. Por favor no cierren el libro, estoy llegando al amor. Es más, ya llegué.

¿Qué es el amor? Es esa situación espacio-temporal pero a la vez metafísica, que nos hace, llevados por la libertad, tender hacia una cosa que nunca tendremos. No solo porque tal vez nunca la tendremos físicamente, sino, y sobre todo, porque teniéndola nos damos cuenta de que no es eso que era. Conclusión: ¡estamos jodidos! Al menos desde el punto de vista sentimental. Del social y el político hablaremos más adelante.

El amor es algo así como dos piedrecitas con alma, por darle un nombre a lo no corpóreo, que se tienden determinísticamente una a la otra y que (si todo les va bien) a partir de ese tenderse mutuo, logran estar juntas. El problema está en que el ejemplo apenas citado no es válido, por el hecho de que el amor no admite ejemplos. Existe solo el amor en una «situación». Y ¿qué es una situación?, justamente se preguntarán. Es una caja de cartón cerrada en un depósito de jamases. Por facilidad metodológica llamaremos a esa caja de cartón «vida».

Disculpen que interrumpa, pero es necesario que les advierta que a partir de este momento saltamos nuevamente de nivel y llegamos a lo antropológico-filosófico. A partir de este nivel nos damos cuenta, pacientes lectores, de que el amor situacional, vivido, cotidiano, es nada más y nada menos que una tragedia griega. ¿Por qué?, alguien grita por ahí atrás. Porque la vida con su «varita mágica» actúa de modo que esos dos entes con cuerpo y espíritu que se encuentran juntos y enamorados se den, un día cualquiera, cuenta de que, de acuerdo con las reglas que rigen todo eso que se encuentra «dentro» de la «caja de cartón», ese sentimiento que los une, o

«no existe», o está destinado a pudrirse por «humedad del destino». Me explico. El ente X y el ente Y, cada uno por su lado, son «posibles», «posibles existencias», para ser más claro. Esto quiere decir simplemente que «pueden» existir, nada lo impide. Pero pueden existir «cada uno por su lado», no juntos. Las reglas de la vida no lo permiten. Filosóficamente hablando, podríamos decir con Leibniz que los dos entes físico-espirituales enamorados son posibles pero no compositibles. De aquí la verdadera definición del amor que proponemos: EL AMOR ES ESE SENTIMIENTO DESTINADO A PERECER EN CUANTO PRETENDE LA COMPOSIBILIDAD DE DOS ENTES IMPOSIBILITADOS A LA COEXISTENCIALIDAD EN EL SENTIMIENTO QUE SIENTEN.

Queridísimos lectores, fue por ese extraño juego de palabras filosóficas que yo perdí a mi ex.

El hecho está en que si vamos a averiguar dentro de la caja de cartón para ver qué pasa, nos damos cuenta de que cada vez que dos entes desean hacerse compositibles, o se pudren, o se matan, o lo que es lo mismo, dejan de existir. Muchas veces no dejan de existir físicamente, en cuanto entes materiales. La mayoría de las veces dejan de existir en cuanto entes espirituales: el ente X anula al ente Y, o viceversa, o simplemente se anulan los dos en peleas, celos, frustraciones, posesiones, etc. ¿Que no entienden? ¡No sean burros! ¿Qué quieren, ejemplos? Basta mirar todo lo físico y espiritualmente existente: basta ver los índices de divorcios; o los matrimonios compuestos por jóvenes ilusos que se engañan con que están enamorados; o dos personas que están realmente enamoradas y después de un tiempo se dan cuenta de no conocerse más, o de no haberse nunca conocido; o de dos enamorados que después de un

tiempo se vuelven un solo ente, es decir, la nada, visto que los dos desaparecen; o de dos que se inventan un hijo para olvidarse de su amor fracasado y se convierten en el hijo mismo; o de dos que no se divorcian porque simplemente ya se acostumbraron a la facilidad de desaparecerse en el otro; o de dos que se aman pero se dan cuenta de que juntos son una fábrica de paranoias y... ¿Me tengo que detener o continúo? Me detengo porque ya me estoy cansando. Solo les puedo decir que se me dejen de hacer los ingenuos románticos que continúan viendo películas en las que un rico y una pobre nunca podrán estar juntos, o telenovelas en las que él muere y ella no podrá más nunca encontrar el amor. ¡Mentira! En paridad de condiciones no podríamos amarnos. Es más, en condiciones excepcionalmente favorables, digamos idílicas, no podríamos amarnos. Los enemigos del amor no son todas esas situaciones absurdas a las que nos tienen acostumbrados desde hace tiempo las novelitas de pacotilla, ojalá. Los enemigos del amor somos nosotros mismos desde adentro. Nosotros, entes físicos espirituales cerrados en esta caja de cartón. Es mejor dispararle a alguien que besarle con amor puro. El amor puro de la verga es una pasión. Sí, una pasión, y en cuanto tal, trae consigo pretensiones típicas de seres espirituales en cuerpos de bestias. Pretensiones como la posesión, los celos, la morbosidad, la intención escondida y omnipotente de transformar poco a poco al ente que amamos en eso que queremos que sea, o en eso que somos, o en eso que no somos y quisiéramos ser. En el amor siempre se quiere transformar al otro en algo que simplemente el otro no es. El amor casi siempre nos hace ver en el otro algo que realmente el otro no es, algo que nosotros somos o quisiéramos ser. El amor es tan coño de su madre que casi siempre es un sentimiento solipsista, apuntado

por casualidad a otra persona que no tiene nada que ver en el asunto. El amado muchas veces es algo así como un colao en una fiesta a la cual nunca tuvo la intención de entrar. Al amado, algunas veces, no le queda otra opción que ponerse a bailar y a saludar a los invitados y al festejado, como si lo conociera de toda la vida. El amor es tan maldito que en la mayoría de los casos es simple amor por sí mismo. Enemigos míos, el amor es infernal por el solo motivo de estar en la cajita de lo difícil, en la vida. La vida no es fácil, se nos pudre en las manos con todo y anillos de boda. Sartre tenía razón cuando decía que el mundo es difícil, pero se equivocaba cuando afirmaba que el infierno son los otros. No, Sartre: el infierno es la persona amada. La vida no es fácil y no me vengan con optimismos. La vida no es fácil y no me vengan a joder tampoco con que soy pesimista. Comemierdas, dos entes materiales y espirituales dentro de una caja de cartón están destinados a acercarse lentamente al odio. Se joderán, créanmelo, es cuestión de tiempo. No se me vengan a hacer los románticos que en esta mierda el único romántico soy yo.

En esta mierda el único que puede hablar del amor soy yo, el último romántico soy yo, porque escribo esto, porque trato de dar saltos y saltos para salir de esta caja de mierda y lo único que la gente ve son acciones incomprensibles y políticamente incorrectas ¡A mamar todo el mundo! ¡A salir de la caja, conformistas! ¡A dejar de hablar del amor! ¡No joda, que el único que ama en esta verga soy yo! Ustedes son solo miradores de huecos. Yo soy el último romántico y lo peor es que mi ex no lo sabe. Ella anda por ahí buscando algo que ya encontró. Como todos ustedes, bastardos, buscando algo que ya encontraron. Se andan moviendo de acá para allá, buscando por fin un lugar apto para ustedes, un lugar que no huela a mierda y no se dan cuenta de que fueron ustedes quienes la cagaron. Esa es la diferencia entre ustedes y yo. Ustedes se la pasan echándose perfumes de todas las marcas, aromas y precios; yo no. Yo huelo a mierda, mierda pura, y qué. Es mi olor. Soy un ente de materia y espíritu y me acepto así. Aclaro que el olor a mierda no viene del cuerpo, no se hagan ilusiones. Ese olorcito viene de adentro, del espíritu. Y no me vengan los maricones cristianos a hablar de alma sucia o no sé qué. Ellos saben mejor que yo cómo están las cosas: «mi reino no es de este mundo». Él fue el único de los

cristianos que no era de este mundo, tenía razón. Aunque pensándolo bien, él no era cristiano. Pero bueno, hoy por hoy no puedo meter las manos al fuego por nadie. Quién sabe si Jesús cargaba su carnecito de cristiano en el bolsillo y yo defendiéndolo. Es su peo, que lo arreglen ellos. En la teología no me meto, agárrense la con el cardenal Ratzinger si les da la gana, que ese con una firma y un sello les arregla a los sacerdotes cristianos hasta sus problemas de pedofilia. Porque, disculpen que me salga del tema, pero en estos días me enteré de que el cardenal Ratzinger, con la firma del pontífice máximo, decidió con un documento escrito enteramente en latín, pa que nadie se entere, que los problemas de pedofilia de sus sacerdotes serán arreglados, no a través de la justicia de cada país, sino a través de los santos y silenciosos procesos burocráticos del Vaticano. Es que los señores de Roma están empeñaos en que uno no crea...

Pero bueno, como les estaba diciendo, yo, contrariamente a ustedes, no me la mantengo perfumado. No estoy como para estar escondiendo nada, miradores de huecos que me escuchan y, sinceramente, creo que ustedes están muy viejos como para estar escondiendo cosas. Ustedes se la mantienen viajando de aquí para allá, como si tuvieran un motorcito en el culo. La gente dejó las iglesias y se la mantienen ahora en las agencias de viaje preguntando precios. Y los que no tienen como para viajar, se la mantienen viendo programas de *Travel*, como los llaman en la televisión. Y a los peores les da por viajar virtualmente o drogados. Se los digo y se los repito: el mojón lo tienen pegadito al culo ustedes. Igual va a oler aquí o en Indonesia. Yo no, yo ni viajo ni me echo perfumes. ¿Pa qué? El único viaje que hice fue el de mi vieja ciudad a París y lo hice obligado. Porque o escapaba o me metía una corbata en el cuello, un carnet

en el pecho y me encerraba en una oficina con una computadora de frente y un celular vibrándome en las nalgas, o lo que es lo mismo, me suicidaba. Que conste, no tengo nada contra los oficinistas, dije algo por decir. En estos días un trabajo vale el otro. Hubiera podido referirme a... no sé... un jugador de títulos en la bolsa, un policía que le da coñazos a los pobres, o un agente de turismo que solo les dice mentiras sobre un país a sus visitantes. Lectores, llegados a este milenio todos construimos lentamente El Final. Esa es mi más grande esperanza.

Siempre me he preguntado de qué sirve viajar, de qué coño sirve: ¿a ver los diferentes olores y colores de la mierda?, ¿a tomarme fotos con la Torre Eiffel de mierda conmigo al lado con cara de mojón, o con la Torre de Pisa hecha ella también de mierda, o con las dos torres de mierda del World Trade Center? ¡Ah!, disculpas a mis amigos estadounidenses: las dos últimas torres apenas consideradas no son de mierda, porque simplemente no son. Prefiero no tocar el tema, no vaya a ser que la paguen con el más güevón y vayan a meter entre paréntesis todos los problemas del planeta para bombardear aquí y venir a buscar al hijo de María, porque, como por una iluminación, se dieron cuenta en el Pentágono de que el peligro de la humanidad era yo, o peor, mi país. Que conste que dije hijo de María, evitando de esa manera pronunciar el nombre de mi madre. Nunca se sabe. Esa anda por ahí siempre sin una locha en el bolsillo y es capaz de denunciarme por difamación para sobrevivir. Porque aquí, señoras y señores, hay que sobrevivir a toda costa. Conociéndola como la conozco, esa es capaz de jurar delante de la Corte Suprema de Justicia que nunca me parió y que quiere dinero por la difamación contra su persona. Es más, es capaz de afirmar entre lágrimas

que ella es virgen y que un maricón como yo no puede venir a poner eso en duda. A mi madre yo siempre la he entendido. A ella y a todos los venezolanos. Es que aguantar tanta vaina es difícil y en ese país hay que caminar arrastrándose por entre las paredes, pa que no te cojan. No es verdad que «los fines justifican los medios», afirmación que, aclaro como especialista en el tema, Maquiavelo nunca escribió. La cuestión se podría expresar, más bien, en estos términos: «la pelazón justifica los medios», que es otra cosa. Aquí hay que sobrevivir. En este mundo no hay burguesía o proletariado, ricos, pobres, buenos, malos. Aquí hay solo mojoncitos perfumados con dientes bien afilados que se están cayendo a mordiscos para «tener». Aquí hay que tener y quien no tiene está jodío, es un güevón. De hecho, aprovecho el espacio para contradecir a mi colega francés racionalista Cartesio. No es como él decía, en este mundo no es el «pienso, entonces soy» el que rige. Aquí es el «tengo, entonces soy» el que está de moda. Bueno, no lo que está de moda, porque siempre ha sido así. No me vengan mis amigos los historiadores a decir que antes no era así. «El mundo fue y será una porquería», como dice el tango, poblado por mojoncitos perfumados y vestidos de marcas. No hay nada que hacer. En lo que sí les puedo dar razón a mis amigos historiadores es que, con la modernidad, la producción de mierda ahora es industrial y nos dejó como resultado un planeta en el que no se puede vivir. Pero eso es otra cosa.

Como les decía, aquí el que no tiene está jodío. De hecho, espero vender al menos algunas copias de este librito. Porque sinceramente se los digo, aquí quien no vende no gana nóbeles y, por ende, no puede hablar mucho, no vaya a ser que por no haber ganado nada, no sea un orgullo nacional y venga cualquier güevón a ma-

tarlo pa quitarle un pedazo e carro. Aquí quien no vende no habla. Son pocos los hombres inteligentes. Son pocos porque apenas se me ponen a pensar, se me meten dos buenas balitas en el cerebro para callarlos. Porque una cosa es tener hambre y otra es saber por qué se tiene hambre. Quiero aclarar dos cosas: para mí los pobres no son buenos y los ricos malos, ni viceversa. Volteen como quieran la torta y se darán cuenta de que somos los mismos. Mi amigo inglés Hobbes tenía razón: somos iguales, igualitos, en el daño que nos podemos hacer entre nosotros. Somos iguales en el olorcito que queremos esconder. La otra cosa que quiero dejar en claro es que no estoy en desacuerdo con la violencia. Es más, se los anticipo, yo les escribo esto desde París, potencial lugar de atentados en el mundo. Si le meten una bomba a la Torre Eiffel y yo estoy en sus inmediaciones y por consecuencia muero, no digan que murió un inocente. No me vengan con esas pavadas, como dicen los bancarrotas argentinos. Digan, por favor, por amor al cielo, que murieron X inocentes y un culpable. Porque yo, caribeñito, no tenía nada que estar buscando en el frío parisino, ni tenía que estar pagando impuestos no sé para qué G7, G8 o G9. ¡Culpable!, como dice mi amigo napolitano: «si yo muero en París es por culpable, por no estar en Nápoles». Y tiene razón. Así que, por amor a lo que más quieran, ¡culpable!, digan que murió un culpable. No El Culpable, aquí no existe El Culpable... ojalá. Aquí todos somos Culpables, desde las plantas hasta los ángeles. No se me metan con Dios, ni con los minerales, que ellos no tienen nada que ver en todo esto. No vayan a hacer como mis compañeros los italianos, que se las mantienen blasfemando «¡Porco Dio!», porque todo les sale mal y después votan por mayoría absurda por un Berlusconi, o algo que

se le parezca. Aclaro que no tengo nada contra él. En este sálvese quien pueda el *Cavaliere* solo hizo el gesto heroico de cogerse a todos, antes de que se lo cogieran a él. Freud tenía razón, todo gira en torno al sexo. Disculpenme mis compadres psicoanalistas por la ligereza de mi afirmación, pero a estos burros hay que hablarles con un lenguaje simple y mediano; si no, me cierran el librito.

Ahora que lo pienso, quizás fue el olor a mierda del machito pe León el que me provocó en ese café, esa noche, la ofuscación mental que determinó mi acción equivocada. Sí, quizás fue eso. El olor me mareó, perdí el control e hice ese gesto incomprensible. O no, gracias a su paciente lectura me acabo de dar cuenta de que el olor no venía del machito, sino de mi culo, del culo de mi espíritu. El machito no tenía nada que ver. Así que disculpas al machito y gracias a ustedes, gentiles miradores de huecos.

Cada vez que me despierto le doy gracias a Dios porque nadie me dio bomba y me mandó derecho al fondo del W.C., por decirlo a la inglesa. Es que no es fácil vivir en un mundo de autoengañados, de perfumes y maquillajes. Si fuera por mí, me dejaría crecer las uñas, la barba, el cabello, la barriga, hasta parecerme más a eso que soy. No me miren así, dejen la envidia. Pero sé que para ustedes, queridos lectores, esto se llama locura. Yo me acepto, ustedes no. Esto es una cosa de la que me debería sentir orgulloso. Pero créanme, no fue tan fácil. Desde que me conozco, me estoy oliendo. Oliéndome me he conocido lentamente. Chiquito me olía la mierda que cagaba y después me la comía a pedacitos pequeños dándome un banquetazo, porque de una forma u otra intuía que hacía un gesto heroico, verdadero. Mis padres con mucho miedo solo esperaban la adolescencia, con la cual, según ellos, todo habría terminado. Pero con la adolescencia nada cambió. Durante la misma no me compré las Reebok, ni la camisa no sé qué, ni me hice el peinaíto casual con el que toda la familia soñaba. Tampoco me busqué la noviecita baja y olorosa que, según lo previsto, pestañearía sin cesar a todos los miembros de la familia durante los almuerzos dominicales.

La adolescencia para mí fue un período decisivo, porque cuando comencé a aburrirme de comer mierda, entrando así en un aburrimiento existencial que dentro de poco me habría llevado a comprarme mi primer perfume, ¡BINGO!, descubrí que frotando mi órgano genital erecto y pensando en la pasante de literatura, del mismo salía un chorrillo blancuzco y baboso: ¡Era yo! Me sentí como Cristóbal Colón. Tan estúpido como él, que pensó que había descubierto algo que ya existía en el mundo que creía conocer. Bueno, no caigo en polémicas con mis amigos españoles. Solo les digo que, según mi teoría, Cristóbal Colón había descubierto al coño de su madre, porque mi Caribe ya existía sin andar esperando a gallegos.

Lo cierto fue que, por primera vez en mi vida, acabé, eyaculé, me vine, no sé cómo dicen ustedes. Y, adivinen qué hice. Simplemente lo que pensé que era la cosa más normal: después de haber preparado con pensamientos eróticos y movimientos de excitación ese algo que, una vez listo, saldría volando por el cielo estrellado del baño de mi casa, hasta dar con el espejo en que mamá se maquillaba todas las mañanas, descendiendo con parsimonia, lectores, me lo comí. Sí, me comí mis nuevos espermatozoides suicidas. No aguanté la tentación de saborearme a mí mismo de una nueva manera, de medirme de otra forma en cuanto ente material. No me vengan con cantaleas los psicólogos diciendo que, en el fondo, muy adentro, en mi interior más profundo, soy marico. Más maricos serán ustedes y el coño de sus madres, cabrones paranoicos.

Desde ese momento comenzó una nueva etapa de mi vida. Una etapa en la cual mi misantropía se fundaba sobre bases todavía más sólidas, visto que lo único que realmente he necesitado siempre de los hombres son sus mujeres y, en ese momento histórico de mi vida,

no necesitaba de ellas. Ontológicamente hablando, podría decir que de las mujeres me bastaban sus formas y no sus materias. ¿Me explico? Me era suficiente pensarlas, olerlas, sentirlas, suspirarlas imaginariamente para entrar en una complicidad inaudita con ellas. Era una complicidad tan especial e inédita que no necesitaba de sus cuerpos. Se los repito por si lo habían olvidado: yo soy un romántico, el último romántico, y en mi adolescencia me bastaban las formas. Lo material se lo dejaba a mis hermanos del alma: los gusanos.

A veces pienso que, quizás, si esa noche en el solito café, después de tantas cervezas y rones, hubiera tenido la delicadeza para conmigo mismo de andar privadamente al baño a darme una masturbada como Dios manda, seguramente no le habría hecho eso al hombrecito aquel.

Es que si la masturbación fuese elevada a imperativo categórico kantiano (para los ignorantes, me refiero al filósofo alemán Emmanuel Kant), o lo que es lo mismo, a ley de acción universal, muchos de los problemas del mundo se resolverían. Las políticas internacionales de Bush (padre e hijo) no serían las mismas, porque seguirían el ejemplo sexual de Clinton; los mercados del mundo entero colapsarían, visto que nadie compraría un carro, un helado o un celular por el hecho de haberlo visto al lado de una mujer o un hombre medio desnudos. Todo sería mucho más fácil, lectores. ¡Así que a masturbarse! O mejor, ¡a tirar!, visto que ustedes no son adolescentes y además, no entienden de romanticismos. Si todos tiraran responsablemente, en el supermercado las chicas de las cajas sonreirían más; las colas de los automóviles se nos harían más cortas, visto que nos la mantendríamos ocupados; mi tía no se despertaría obstinada los domingos, martes y jueves. Todo cambiaría, se los aseguro. Tal vez nadie vería los progra-

mas de televisión que no dicen nada por horas y horas, mostrando solo el silencio de cuerpos de plástico y sonrisas pseudosensuales. Ciertamente en las calles los accidentes de tránsito disminuirían, visto que desaparecerían las estúpidas publicidades con mojoncitas y mojoncitos en pelota. Quizás por fin los jóvenes de esta generación aprenderían a genitar verdaderamente, a tirar con algo existente y no con aburridos actores de cine, cantantes, muñequitos de los juegos de video, calcomanías de desnudos y pare usted de contar. El tirar se podría convertir en la medicina contra todos los impotentes sexuales con cara de normales que pueblan el planeta Tierra y que se la tiran de bonitos. El internet, por ejemplo, desaparecería, ya que no sería utilizado por el montón de descerebrados que se la pasan clicando tetas y culos postizos. Y, es más, hasta los jóvenes nazis encontrarían algo que hacer de sus existencias o, al menos, encontrarían respuestas a sus profundas preguntas de mierda. Sí, estoy seguro, si me hubiera jalao lo' pelo', como se dice en mi barrio para categorizar el acto de la masturbación, seguramente al machito del café no le hubiera hecho eso que no debí hacerle nunca. Eso que dejó a todos los perfumados boquiabiertos. Eso que al final se demostró como una acción inútil en medio de un mundo inútil. Tal vez deba escribir un doctorado con el título: «El tirar como solución omnicomprendiva de las frustraciones del planeta: una visión empírico-misántropa».

Intuyo que ustedes justamente se preguntarán, luego de las comidas de excremento de mi infancia y las degustaciones de mis generaciones futuras en forma de espermatozoides en mi adolescencia, qué hago ahora para conocer mis sabores más profundos. Les respondo de inmediato porque si me han soportado hasta este punto, les confieso que no puedo decirle que no a nada. Es más, si

por mí fuera, les daría el don de los dones. Les dispararía en sus ojitos de averiguadores, regalándoles la única cosa que en el fondo les resolvería todos sus problemas. Tal vez yo, en cuanto soy el último romántico, los estoy comenzando a amar. Así que tengan cuidado, no me los vaya a coger a ustedes también. Pero no nos perdamos en romanticismos y sigamos.

Después de la mierda y la eyaculación, tuve un período de soledad muy fuerte debido a que, no sé por qué motivo, comencé a hacer vida social: mujeres, amigos, conocidos y muchas, muchas fiestas. Nunca me sentí más solo. En ocasiones me daba cuenta de que hablaba por horas y horas, y no sé de qué, o sonreía moviendo la cabeza de arriba abajo, diciendo un sí que duraba horas. Creo que fue la vez en que estuve más cerca de comenzar a empujar gente desconocida al metro. Pero afortunadamente salí, por casualidad, de ese círculo vicioso, convirtiéndome en una puta social, es decir, en escritor. Aprovecho la ocasión para dictarles mi definición del escritor: los escritores son las putas de todos los que se las quieran coger. Prefiero no entrar en las particularidades del tópico, por el respeto que le tengo a las putas.

A través de la escritura, el último romántico de la Tierra se saborea a pedacitos y, créanme, no siempre es fácil. Escribir es construir un espejito mágico al cual cada vez que le dices: «espejito, espejito, quién es el más bonito», te vomita en la cara. Es un espejo en el cual, mientras me miro, me desaparezco. ¡Qué extraña es la escritura!, miradores de huecos. Pero tengo que aclarar algo, porque es bueno siempre aclarar, no vaya a ser que crean que fuiste tú El Culpable y te vengán a buscar con helicópteros, bombas más inteligentes que tú y cámaras de CNN. Aclaro que la mierda comida y la historia de

la masturbación no le llegan ni por las patas a la actividad sublime de la escritura. Como dice Gabito, la escritura es la actividad que más se asemeja a la levitación.

Comencé a escribir un día en el que, en voz alta y sin intención alguna, dije «tres a cero», «el mundo me está ganando tres a cero». Una vez dicha la frase me di cuenta de que estaba tirado en una plaza de mi exciudad, borracho, cansado y con un montón de gente que me miraba con desprecio. Esa era la primera vez que me había dado realmente cuenta de que el mundo, con sus lucecitas, precios y desprecios, me estaba ganando y, créanmelo, no probé ningún tipo de rencor. No veo razón por la cual todos tengamos que ser buenos para vivir en este mundo. Puede suceder que alguien simplemente no sea apto. Lo que no quiere decir que ese alguien sea bueno o malo, o que el mundo sea bueno o malo. No hay que enojarse. Si ese tipo no es apto, bueno, qué más, a parir otro y se acabó el problema. No veo el problema, basta que uno lo diga: «mi reino no es de este mundo», quizás de otro sí, pero no de este. Tal vez fue ese 31 de diciembre, en medio de esa fiesta colosal, cuando me di cuenta de la escritura. Dejo en claro que, para mí, la escritura no es una acción social. Y no me vengan los hijueputas literatos a decir que uno siempre escribe para un público. Claro está, inútiles. Tanto estudio para decir esa estupidez. Descubrieron el agua tibia, güevones. Yo escribo para mis miradores de huecos, que son ustedes, pero no porque me interesen o los quiera particularmente, o desee ayudar a cambiar algo. No. Así como están, están más que bien. Ustedes son mi excusa. Yo escribo por y para mí. Lo que no quiere decir que ustedes no vayan a leer eso que escribo. Pero repito, escribo por y para mí. Con la escritura me di cuenta de que por fin puedo

expresarme sin que un mojoncito egocéntrico me venga a hablar y me interrumpa. Porque si a algún machito le da por venirme a joder mientras escribo esto, ahí sí que me lo como, no obstante su gustico a mierda. Además, a comer mierda ya estoy acostumbrado. Mientras escribo no existe el diálogo humano que está tan de moda en estos días. No, yo no quiero, ni acepto el diálogo. No porque yo tenga la razón y nadie más la tenga, sino porque simplemente todos tenemos la razón, y por ese motivo nos queremos comer los unos a los otros: *¡homo homini lupus!* De hecho, cuando yo escribo, ustedes, averiguadores míos, tienen dos opciones: me leen o no me leen. Para ustedes se acaba ahí el problema. Escribo porque simplemente me cansé de discutir. Porque, no me cansaré nunca de repetirlo, desgraciadamente todos tienen razón y ya estoy lo suficientemente viejo como para no darme cuenta de que contradecir a una persona es una acción tan inútil como escucharla. Al final nos quedan dos opciones: la violencia o el silencio. Con las dos estoy de acuerdo. Por eso escribo. Si no escribiera, tal vez esa noche, en ese café, no hubiera sacado la pistola contra ese macho de pacotilla y seguramente no se la hubiera hecho mamar con su lengua parlanchina que amaba el diálogo. La escritura lentamente me está haciendo comprender que al final existe poca diferencia entre la escritura y la mierda que vivimos. Escribo porque simplemente no quiero ni puedo discutir. Escribo porque si debiera escribir cómo serán las cosas dentro de pocos años, escribiría un diálogo como este:

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él.

—Las 10:37 de la mañana —respondió ella después de una larga reflexión.

Lectoras y lectores, llegamos, o al menos ya estamos llegando, a la incomprensión cósmica, total, unificadora. Esa que nos hará por fin comprender que somos entes mucho más inferiores que los minerales, entes materiales-espirituales que hablando con otros entes materiales-espirituales nos daremos cuenta de que solo escuchamos nuestras propias voces. Sé que llegados a ese punto por fin seguiremos el ejemplo magnífico e inconfundible de los minerales: el silencio.

Yo esa noche, después que el duro trató de humillarme, le saqué la pistola porque me di cuenta de que era la única salida inteligente, o mejor, la única salida. Porque a fin de cuentas, lo único que podía hablar en ese momento tan humano era el silencio vestido del ¡PUM! seco y sordo de un disparo. El disparo resolvió por siempre, por fin, gracias a Dios, todo, cualquier mal entendido. Todavía recuerdo los ojos silenciosos del machito que pocos instantes antes gritaba, empujaba, blasfemaba con tanto fervor. Mi silencio y el sonido onomatopéyico del disparo lo dejaron tranquilito, como dopado, como un angelito de la guarda dulce compañía no me desampares ni de noche ni de día, con su rabito metido entre las patas, en paz perpetua, por siempre jamás, amén. En ese momento y solo en ese momento el machito y yo fuimos cómplices. Dimos al mundo eso que el mundo quería, «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Dimos al César lo que le correspondía y a nosotros lo único que era realmente nuestro. Actuamos como hubiera actuado Dios, el que todo lo ve y todo lo calla, el silencioso, el primer mafioso de la Tierra, el que crea o mata sin tanta gritería, ni bullaranga. Dios es silencio. No anda por ahí dando discursos presidenciales, ni ruedas de prensa después de un Gran Premio de Fórmula Uno. Él dijo lo que tenía que decir y quien no entendió,

que se joda, y quien entendió, también. Él dijo lo poco que había que decir y se devolvió a su domingo eterno, prometiendo que un día regresaría. Según mi teoría teológica ya se arrepintió, ni que fuera güevón. Pero la teología no es mi fuerte, por eso no me hagan caso. Él no anda discutiendo con nadie. Son los otros quienes se la pasan hablando de él. Él es El Escritor: hizo lo que tenía que hacer, escribió lo que tenía que escribir y a mamar todo el mundo; lo que fue, fue. «Yo soy el que soy». Ahí tienen la prueba. Qué más egocentrismo, prepotencia y egoísmo que ese. El silencio sabía que la razón pasó de moda, que después de dos guerras mundiales y dos torres caídas, todos tienen razón. Él sabía que la razón se les da a los estúpidos, es decir, a todos ustedes.

¿Por qué coño de la madre no le di la razón al machito provocador? ¡Ah!, sí, me acuerdo. Porque simplemente ese día no había escrito ni una línea, y como para mí la escritura y la vida son al final la misma mariquera, tanto valía que creara *ex nihilo* mi arte en medio de tantos lectores potenciales. De hecho, ahora que lo pienso, actué como un mediocre escritor que se escribía a sí mismo y a los otros, viéndose, claro está, como personaje protagonista de todo lo que escribe. Es más, ¡coño!, me deberían pagar todos los güevones que estaban ahí. Porque más allá de todo, les ofrecí algunas páginas de acción sin costo alguno. Por ahí andarán contando todo lo que pasó, como si hubieran sido ellos los protagonistas. Les recuerdo que no movieron sus culos, viles. Les recuerdo que estaban temblando de miedo, maricos. Y cuidaíto y los veo contando febrilmente por ahí lo que pasó, porque los denuncié por coño por plagio. Qué ironía, siempre sucede lo mismo: el mundo poblado por cobardes que no pueden hacer de sus propias vidas una obra de arte y ¿qué hacen

entonces?, se las mantienen por ahí hablando de cosas exuberantes y atrevidas que nunca han hecho, como si les pertenecieran. Y lo peor es que, como siempre, aparece un güevón que entendió que todo este mundo es una ficción, como decía Borges, que simplemente hay que escribir, y ahí están todos, únicamente observando, criticando y, más tarde, después que el güevón viene

crucificado,
quemado,
encarcelado
o vetado,
todos comienzan a llamarlo
Dios,
hereje,
revolucionario
o genio.

¡Hipócritas miedosos!, eso es lo que son. Estoy tratando de recordar qué fue lo que sucedió aquí adentro para justificar el hecho de que, casi por inercia, me encontrara, de pronto, apuntándole una pistola a un desconocido en un café y haciéndosela mamar desproporcionadamente. Y es que les voy a repetir una cosa que sé que no me terminan de creer: sacar esa pistola, esa noche, en ese café, y hacérsela mamar al machito, para mí, era lo mismo que escribir que sacaba la pistola, una noche cualquiera, en un café lejano del centro y sin más, mirándolo a los ojos sin expresión alguna, se la introducía en la boca, silenciando las groserías y blasfemias de aquel hombre exaltado, y pidiéndole con voz amenazadora, pero dulcemente

irónica, que la mamara cual si fuera el güevo de su amante. Yo soy el único escritor que verdaderamente puede hablar de este burdel, porque soy el único güevón que conozco que se jode, sea en las páginas que escribe, lo mismo que en la vida que vive. Es más, se los anticipo, tengo que dejar de escribir ciertas cosas, porque sistemáticamente se me están convirtiendo en realidad poco tiempo después. De todas maneras es inútil que me ponga ese propósito como horizonte, porque el último romántico del mundo no se vende. No porque sea un héroe, sino porque simplemente ya nací comprado. La escritura me compró y el precio que pagó fue alto: yo mismo. Así que, críticos literarios, ¡a callarse la jetica y a meterse el rabo y la lengua por ese culo!

Tres a cero había perdido antes de comenzar con la escritura. El mundo salió contento de ese juego, el juego de la vida. Sé que soy patético y discúlpeme por la frasecita de mierda «el juego de la vida». Sé que parece una frase extraída de una película yanqui. Pero señoras y señores, si no estamos jugando en esta verga, entonces sí que estamos en la mierda. Para mí, todo esto es un jueguito. Una vez me puse a pensar seriamente sobre la existencia de Dios y casi me vuelvo dependiente de la heroína. Pensé que solo ahí vivía el susodicho. Es que hablar de Dios en términos de realidad, de verdadero, es como para meterse a señorita suramericana cristiana que, como está convencida de ir al altar virgen, se deja coger de sus noviecitos por el culo. ¿Qué quieren que les diga? ¿Que me ponga a decir seriamente que Dios existe? ¿A dónde voy a parar? Tal vez a marico. Porque me haría coger tanto por ese culo de todos los machitos y las machitas que andan por ahí con ganas de joder al primero que se les atravesase, que tendría que pedir un culo prestao. Si

me pongo con eso de que si te pegan en la mejilla derecha tienes que dar la izquierda, tendría que hacerme cirugía cada dos días. Y a un escritor no le da pa tanto la vocacioncita. Yo no ando pa esas cosas. Yo me puse a escribir porque es una acción silenciosa. Es una acción de aceptación, de complicidad y al mismo tiempo es una bofetada lenta que se repite no se sabe cuándo. Tal vez cuando un güevón cualquiera abre un libro tuyo y dice «coño, este güevón tiene razón». La escritura es simplemente eso.

Hace unos meses estuve en mi país y fui a visitar, junto a mi padre (un obrero mal pagado), uno de los trabajos que el nuevo gobernador realizaba. No digo su nombre, porque ahí sí es verdad que no la cuento; sobre todo en Venezuela, donde la primera regla es la prudencia. Que nuestra querida «pequeña Venecia» es tanto el silencio sobre ciertos temas que, a pesar del sonido interminable e inaudito típico de un país del Caribe, ni la Abadía de San Anselmo en Roma podría superarnos.

Discúlpenme por la bifurcación en el argumento antes realizada. El hecho fue que acompañé a mi padre a «inspeccionar», como dice él, uno de los tantos «Proyectos de Urbanización del Nuevo País que Estamos Construyendo». Estuve contento, resplandeciente de alegría, al percatarme de que por fin algo se estaba haciendo ahí. Era un barrio extremadamente pobre y, créanme, no es una exageración literaria. Ahí todo era improvisado, no obstante se viera la vejez y resignación en cada acción. Es que los venezolanos estamos obligados a la improvisación... Era un espectáculo sobrenatural: casas de lata, burros cargando cualquier cosa que se pudiera vender y gente que miraba todo como si fuera un extraterrestre eso que tenían delante. Siempre me he preguntado

qué coño recogen esos tipos en esos burros. Porque a los muy irónicos no se les ve recogiendo chatarra para vender en las urbanizaciones ricas del norte de la ciudad. Están siempre hurgando en la basura en los barrios más pobres de Maracaibo. ¿Pero qué puede botar uno que no tiene ni para tirarse una papa al día? Bueno, eso es peo de los tipos de los burros. Eso no es peo mío. Yo salí picando caucho de esa verga y cuando me fui las cosas ya estaban así. Conmigo no se la vengán a agarrar.

Como les estaba diciendo, fui a visitar los trabajos correspondientes al establecimiento de servicios de aguas servidas en ese pobre barrio pobre. No sé si se dieron cuenta, pero ello quiere decir que algunos de mis felices compatriotas todavía cagan en huecos profundos (pozos sépticos) detrás de sus casas, que son vaciados de tanto en tanto por camiones cisternas. Les recuerdo que estoy hablando de la segunda ciudad de Venezuela, una m-e-t-r-ó-p-o-l-i con dos millones y algo de habitantes. Les recuerdo también que les estoy hablando de la ciudad que mantenía la economía monoprodutora venezolana, basada en el petróleo. Les recuerdo, y por qué no hacerlo, que estamos hablando de uno de los mayores exportadores de petróleo en el mundo y, sobre todo, de la primera reserva certificada de petróleo. Les recuerdo que estamos hablando de la ciudad productora de petróleo del país cofundador de la OPEP. Disculpen que les haga perder ulterior tiempo con estas dilucidaciones inocuas y fuera de lugar, pero visto que desde diversos puntos de vista les he teorizado sobre por qué estamos en la mierda, pensé, en el delirio de mi ocio, que tal vez un ejemplo empírico podría servir. No quise exagerar, nada más quise exponer un solo ejemplo, uno solo, un solito ejemplo, disculpen. De todas maneras esa no es la

cosa que más me disgusta. La cosa que más me enerva, haciéndome venir una náusea existencial casi sartriana, es el hecho de que Venezuela tenga que despojar de su hábitat de tranquilidad, silencio y soledad, a mis amigos los entes más perfectos, los minerales. Eso sí que no se los perdono. Y si me van a denunciar por estos señalamientos, presto estoy a asumir mi destino de mierda. ¿Cómo es posible que Venezuela extraiga, procese y exporte a un pobre mineral que descansa en la perfección absoluta de su silencio subterráneo? Lucharé hasta el final por los derechos de los minerales en ese país. Hagan lo que les dé la gana, pero me dejan a esos inocentes tranquilos. Les recuerdo además que no hay marcha atrás en el daño que están cometiendo, que «el petróleo es un recurso natural no renovable», como irónicamente nos repiten desde chiquitos las maestras sonrientes en la escuela. Cuál sería la mente diabólica y perversa que se atrevió a planificar la funesta actividad de tomar un mineral silencioso, que no jode a nadie y que reposa en las profundidades oscuras del subsuelo, y convertirlo en plástico que después será basura, en gasolina que crea humo, en ruido de motores y calor y colas interminables de vehículos y contaminación y pare usted de contar. A la mierda el planeta y los mojones que lo pueblan, no me importa. Pero que hagan terminar así al ente más perfecto que existe... eso no tiene nombre, ni perdón. Eso no-se-los-perdono, maricos.

Como les estaba diciendo, en ese barrio me puse a hablar con uno de los obreros que trabajan para el Estado y me dijo con cierto orgullo que, al menos por esa semana, había ganado, que después se verá: «como va viniendo, vamos viendo». Y yo, marico, ingenuo, bobo y lento que soy, le pregunté con tono de idiota: «¿Por qué ganaste?». El obrero, sin camisa y completamente empapado de

mierda líquida y orine, me dijo: «Gracias al cielo llegué antes que todos los otros al lugar donde reparten el trabajo y así se lo metí a todos los demás obreros dormilones. Al menos por esta semana». De hecho, al menos por esta semana tendría trabajo seguro por haber llegado a las 3:30 a. m. y no a las 4:00 a. m. Nunca había visto un caribeño tan responsable.

Me explicó que en Maracaibo los obreros con contratos legales, seguridad social, prestaciones y vacaciones pagadas son una raza casi en extinción. Son pocos. Esos pocos que bastan pa que no se formen peos con las mafias de los sindicatos. El obrero con el que hablé se llamaba el señor Andrés. Digo el nombre porque tiene una vida tan absurda y delirante que no sabe ni siquiera qué quiere decir denunciar a alguien, y mucho menos a un escritor. El verbo denunciar no se lo enseñan a los Andreses. Además, si Andrés se pusiera a denunciar con sus 60 años, o se moriría de viejo, o se le moriría uno de sus siete hijos de hambre. Porque a pesar de que se la mantenga borracho –con un ron que más bien parece gasolina de avión– y apestoso a mierda porque pasa su vida sumergido en las aguas servidas, Andrés es un buen padre. Además, si la justicia existiera en este mundo de aguas negras y Andrés se pusiera a denunciar, hasta mi abuela iría presa.

Andrés se despierta a las dos de la mañana. Bueno, no es que se despierta, porque a esa hora se está terminando las últimas gotas de su «roncito salvador», como él lo llama, y está echando un polvo con su «negra bella». Sería mejor decir que se levanta de la cama todos los días a esa hora. Especialmente los domingos, porque es día de buscar trabajo. Después que termina su polvito con la negra, se lava la cara con el último poquito de agua de la semana

y se toma sus tres buenos buses, que no paga porque «los tres conductores de esa hora son compadres míos». Atraviesa de un extremo a otro la ciudad y se tira una cola de esas a las que no se le ve fin, pa ver si por casualidad del coño, a uno de los sindicalistas, ahora en corbata y camisa manga larga, le da por mirarlo y decirle «vos, el de collares de santos negros en el cuello, a trabajar». Cuando eso sucede, Andresito se le acerca sin la menor esperanza de que le van a hacer firmar ningún seguro de vida y, como dice él, «menos mal, porque si se ponen con esa verga de firmar mariquearas me joden. Yo no sé firmar».

Claro está que Andresito no es güevón. Él sabe que exponiéndose desnudo a las aguas servidas de toda Maracaibo durante doce horas –bueno, no exageremos: desnudo, en chores– la hijueputa de la muerte es solo cuestión de tiempo. ¿Y qué? Lo contrario sería no trabajar.

Antes de continuar quiero dejar una cosa en claro: ¡esto no es una denuncia! Denunciar, ¿pa qué?, ¿a quién? Aquí todos somos inocentes, o lo que es lo mismo, culpables. Además ¿pa qué denunciar?

Pa que a uno le dé un poquito de rabia,
y después le dé por comer del ansia,
y después le dé ganas de cagar,
y después cague la rabia y le dé bomba.

Es que aquí, lectoras y lectores, todo termina en la mierda. Y lo que no, se lo comen mis idolatrados: los gusanos. Aquí no hay nada que hacer, todos tienen la razón: tiene razón el gobernador que quiere poner bonita la ciudad y que cuando llegó ya encontró el

verguero prendió; tiene razón Andresito que se suicida lentamente porque no le queda de otra; tienen razón los maracaiberos porque, justamente, tienen la necesidad de cagar y mear, no obstante ese meao joda a Andrés; tienen razón ustedes que leen estas mariqueras y yo que las escribo. ¡Señoras y señores, aquí todos somos inocentes!

Es más, «mirahuecos», si debiera darles un consejo político, los invitaría a hacer lo que hizo desde los años 60 venezolanos la persona más ambigua que conozco políticamente. Este tipo hizo lo único que debía hacer: como en su país cada cinco años hay elecciones, y una vez gana un partido y otra vez otro... y como cuando uno gana, a los miembros del otro partido los botan de sus trabajos... él, la persona de quien les hablo, se inscribió en los dos partidos. Tenía dos carnés, uno verde y uno blanco. Por cierto bien bonitos. Estos carnés lo hacían titular de las dos fracciones políticamente opuestas. El tipo siempre tuvo trabajo. El tipo no discute de política con nadie. El tipo le da la razón al que la quiera, total, con eso no come nadie. El susodicho tenía que alimentar a tres muchachos y, según él, ellos prefieren un buen plato de arroz con pollo que ideologías nacidas lejos de su barrio. Él se dio cuenta de eso y supo que ni los rusos ni los gringos dan de comer a los descamisados hijos suyos. Además, aquí uno no está pa ideologías, afirmaba él con orgullo. Aquí la preocupación más grande es llegar a viejo sin que te metan tus tres buenos tiros por andar con el celular que el raterito vio ayer en la publicidad de la novela.

En Venezuela las prioridades cambiaron. Ni la visita a la novie-cita, típica de la tradición caribeña, se puede hacer ya. En Venezuela las visitas terminaban máximo a las 10:00 p. m. pero ahora devolverse a esa hora a la propia casa, quiere decir agárrese unos

tiros de gratis. Porque los ladrones eso sí tienen, ellos son muy colaboradores y ayudan a la policía. De acuerdo con los tiros que te meten, en la morgue pueden, sin pérdida de tiempo, establecer la hora exacta del suicidio. No pongan esa cara, no me equivoqué, ni se equivocaron. Leyeron bien, s-u-i-c-i-d-i-o. Porque salir a las 10:00 p. m. en Maracaibo es ganas de querer morirse. Coño e la madre, las tradiciones están cambiando. Por como están yendo las cosas, creo que mi hermanito de cinco años tendrá que meterle mano a su futura noviecita por internet, porque las visitas a casa de nuestras Juanitas se terminaron.

Me pregunto qué pensará mi ex europea de todo este asunto. Es que nosotros nos amábamos tanto, que vivíamos todo el tiempo peleando por mariqueras. No nos quedaba tiempo para hablar de las cosas realmente importantes de la vida: los muertos del fin de semana en Caracas; el primer noviecito que le metió el deo mientras mi ex suegra veía la novela de las nueve y el papá jugaba dominó con un roncito debajo de la mata de níspero; o el clásico «¿sabes a quién atracaron ayer?».

¡Ah!, por estar hablando paja se me había olvidado decirles cómo coño terminó la historia cotidiana del señor Andrés. Llámenlo Andresito, porque llegado a este punto ya hay confianza en el ambiente. Bueno, les adelanto que no todo está perdido: Andresito, cuando sale de las aguas servidas, es ayudado a purificarse de toda esa mierda por uno de los obreros, amigo suyo, que le frota papel higiénico, limón y sal por todo el cuerpo. Porque, según dicen las viejas del barrio, eso no le deja ni rastro de las doce horas de sopa de mierda y orine a la cual se expuso. Pero Andresito sabe muy bien, porque es pobre pero no güevón, que eso no le sirve de

nada. Por eso, todos los días, puntualmente, después de su trabajo y antes de su borrachera con ron y el polvito con su mujer, se echa una pasaíta por donde la Virgen del Rosario de Chiquinquirá, pa prenderle unas velitas.

Bueno, yo sé que ustedes quisieran saber qué pasó esa noche con el machito y la pistola que le saqué. Les he dado vueltas tratando de cansarlos, pero me doy cuenta de que son más fuertes que el odio, como dice la abuela. Mas no se preocupen. Noto que la vocación de «mirahuecos» que los embarga es más fuerte y más jodía que mi vocación de escritor. Sé que podría hablar de no sé qué *in eternum* y ustedes van a seguir pegaos como mi abuelita a su telenovela. Hablando de telenovelas, les voy a contar algo que sé que no me van a creer.

Como ustedes bien sabrán, mi infancia estuvo tapizada de litigios familiares, porque no sé cómo se las arregló Dios para meter tantos locos juntos. Ustedes dirán «¿y entonces?, peleas hay en todas las familias». Y les doy la razón, pero déjenme terminar. Como les estaba diciendo, mi infancia estuvo tapizada de grandes peleas familiares que tenían como causa única y absoluta las benditas telenovelas.

Mi abuela no le habló a mi madre por años porque esta última p-r-e-t-e-n-d-i-ó afirmar que Carlitos Machado, el protagonista rico y hermoso, había besado a Carlota, la rica y mala de la situación, únicamente por despecho. La afirmación en cuestión sostenía

implícitamente que Carlos Machado era bueno, estaba enamorado de Mariíta, la pobre y bonita, y por ende no tenía la culpa de su acción ligera. Mamá afirmó que la acción de Carlos Machado debía ser interpretada como un gesto incomprensible e inédito a partir de la premisa absurda del a-m-o-r. Mi abuela –lo recuerdo como si fuera ayer–, escuchó desde su mecedora con paciencia y lucidez eso que para ella era una herejía sin par. Esperó que mi madre terminara su afirmación y, una vez concluida, saltó desde su mecedora con la furia y determinación de un tigre con días sin comer, suspendiéndose en el aire por unos cinco segundos hasta llegar al cuello de mi madre e intentar darle una muerte súbita. La abuela demostró un salvajismo sin precedentes, visto que era un ser tímido y silencioso.

Todo el barrio entró a la casa para separarlas y, como todos los problemas del barrio, ese terminó con botellas rotas y gente sentada en sillas de mimbre que sacaban para ver las peleas callejeras. En mi barrio cualquier pretexto es bueno para pelearse a puño limpio o festejar hasta el amanecer con ron, salsa y merengue. Para mi barrio las dos acciones quieren decir exactamente lo mismo, tienen el mismo valor.

Regresando a mis problemas familiares de infancia les digo que, solo años después, con la situación económica y la ayuda de un amigo ratero, pudimos comprarle un televisorcito a mamá. Solo de ese modo pudimos separarla de la sala de la casa, o ambiente demarcado con orine por mi abuela, donde no se podía contradecirla, y menos en cuestiones de telenovelas. En esa sala en que las dos veían todas las novelas sin dirigirse la palabra, en cualquier momento podía explotar la tercera guerra mundial. En la sala se encontraba el viejo televisor de la abuela y, todo aquel que quisiera verlo, debía

estar en total acuerdo con sus interpretaciones novelísticas y sus juicios de valor en relación con los personajes que le caían bien. Quien no estuviese de acuerdo se podía ir por donde llegó, como afirmaba ella en medio de sus ataques de salvajismo novelístico, que después de la primera pelea con mi madre se estaban haciendo cada vez más frecuentes y preocupantes. De hecho, el psicólogo de la familia, que era el padre Joseíto Flores, de la parroquia Nuestra Señora de la Caridad Bendita (visto que no teníamos como para pagar un psicólogo), en más de una ocasión nos exhortó cristianamente y freudianamente a encerrarla en el patio con las gallinas y los cochinos del tío. Pero nuestro cristianismo no llegaba a tanto y, lo quisiéramos o no, siempre le perdonábamos a la abuelita sus debilidades.

El problema entre la abuela y mamá se resolvió años más tarde, cuando después de la novela de las diez, mamá salió llorando porque Carmencita Cáceres había salido embarazada del holgazán traidor de Roberto Salazar. Fue una escena emocionante cuando, yo comiendo mango en el patio, vi acercarse a mamá y la abuela bañadas en lágrimas, como llevadas por el destino y las emociones más puras jamás sentidas por el ser humano.

Ese encuentro es tal vez la imagen más bella que tengo de mi infancia. Ahora que lo pienso, es la segunda imagen más bella. La primera es la idílica, pero verdadera, imagen de mi papá y mi mamá resplandecientes, felices, jóvenes, firmando el exuberante papel que los divorciaba. Yo estaba pequeño, pero una intuición casi animal me hizo comprender que esos dos entes por fin hacían algo verdadero en sus vidas, algo que realmente deseaban con todas sus fuerzas. Yo no, yo fui fruto de la casualidad caribeña. Yo fui el resultado de un polvo sin precedentes a orillas del Caribe. Un polvo como

Dios manda, no obstante fue un polvo improvisado. Bueno, improvisado, rápido, pero con ganas y sudor y mordiscos me hicieron y creo que eso soy un poco yo. El último romántico.

Regresando a la reconciliación apoteósica de mamá y abuela, aprovecho la ocasión para dar infinitas gracias de todo corazón a los multimillonarios dueños de canales de televisión en mi país. Gracias a ellos y a su buena voluntad, hicieron posible que mi familia se reconciliara y junta, sonriente y dopada de TV, pudiera ver por horas y horas sus producciones dramáticas, como las llaman ellos. Gracias a ellos mi familia olvidó sus minúsculos problemas de sobrevivencia infernal en un país quebrado. De hecho, ellos y sus voluntades de santo hicieron posible que, paralelo a mi país, naciera otro. Un país irreal, una segunda «pequeña Venecia», una Venezuela con todas las correcciones que quisiéramos hacerle. Un país hecho a la medida de una telenovela; hecho de venezolanos ricos, rubios, bonitos, sin problemas de comida, pero con muchos problemas románticos; hecho de niñitos saludables, rosaditos, bien vestidos, que no juegan semidesnudos bajo la lluvia tropical, sino que leen cuentos de hadas en sus alcobas, protegidos por una villa de colores pasteles en medio de los valles idílicos caraqueños, o en apartadas zonas balnearias de Florida. Un país en que la gente no dice groserías, ni critica al Gobierno porque simplemente no tiene necesidad de eso. Un país en que todos los problemas se resumen

en «él me traicionó», «yo la amaba», «¿a quién le quedó la herencia?», «la pobre se convirtió en rica gracias al amor».

Gracias a los dueños de los canales de televisión porque nos hicieron por fin olvidar la deuda externa, los altos índices de delincuencia y, sobre todo, a Andresito. Gracias, mil gracias. Se los juro, no soy irónico, ni intento serlo. Es que es demasiado claro: sin esas telenovelas seríamos realmente unos subdesarrollados y ya. Ahora al menos somos unos subdesarrollados con sueños, esperanzas, con lágrimas a las nueve de la noche y risas a las diez. Estamos comenzando el desarrollo. Ya nos estamos acercando a nuestro fin último, nuestro horizonte, nuestro símbolo más alto y excelso, nuestro fin aristotélico osaría decir: LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA. El país indiscutiblemente más desarrollado de esta mierda. El país que entendió todo, que comprendió, que encontró el antídoto contra la realidad: LA TELEVISIÓN. Maldita sea, ¿por qué no nací estadounidense? Un niño estadounidense comprende, casi por designio divino o una connaturalidad tomística (para los ignorantes, me refiero al filósofo y padre de la Iglesia Santo Tomás de Aquino) que, o se pone a ver la televisión, o se jode. Los gringos entendieron. Ellos ven todo, cualquier cosa. Como dice mi tío: si les ponen hormigas dándose coñazos, llenan el estadio más grande que tienen y, sobre todo, tienen toda la población con la rajita del culo en el sofá por horas y horas.

Nosotros, los sudamericanos, estamos llegando ahí, nos estamos acercando. La prueba son los balseros cubanitos, muertos de hambre, que se escapan de Fidel, Raúl y los tiburones del golfo de México, y se me vuelven más gringos que los gringos. Se compran un buen carro, un buen reloj y una buena televisión pa olvidarse de la

mierda de donde escaparon, la mierda adonde llegaron y todos los platos sucios que tuvieron que lavar pa comprarse todo eso. No hay nada más hermoso que ver a un sudamericano viviendo en Gringolandia. Se nos vuelven superdesarrollados. Tan desarrollados que hablan de temas incomprensibles para nosotros, pobres sufridos que no estamos a sus niveles de horas televisivas. De hecho, los venezolanos estamos por fin comprendiendo. Nos hemos ganado con trabajo y dedicación el título honorífico mayamero de «Balseros del aire», visto que a punta de aviones les estamos llenando Miami. ¡Qué orgullo! Un venezolano en Gringolandia lava platos, es verdad, pero se da el lujo de tener un carro con televisión, una televisión gigante en la casa y, mientras lava los platos en su trabajo, un televisor pegado en la pared. Un venezolano en Gringolandia tiene que joderse trabajando, es verdad. Pero nos gana, nos supera, está casi por ser un desarrollado.

No les miento, yo pienso en grande, pero soy realista y me doy cuenta de que es inútil seguir soñando con ir a los Estados Unidos a lavar platos para sentirse desarrollado. Yo soy de los que sostienen que con un poco de esfuerzo por parte de los dueños de las televisoras, podríamos aumentar el número de horas de telenovelas y películas gringas y, si es el caso, disminuir el número de horas de estudio. Yo sueño con que mi país y toda Sudamérica se me vuelvan sonrientes como todas las bellísimas publicidades que nos vienen de Gringolandia y Eurolandia. En esos países yo creo que las mujeres y los hombres que hacen las publicidades tienen un vibrador metido en el culo. Porque en todas las publicidades que llegan están todo el tiempo cagaos de la risa. Yo no sé de qué, ni pa qué, pero están siempre riéndose. Sinceramente yo

no quiero que mi país sea así: todo el tiempo una publicidad con dos anoréxicos cagaos de la risa. Yo deseo que mi país esté todo el tiempo riéndose con una risa de publicidad y vistiendo trapos rotos y feos, hechos para gente anoréxica, p-e-r-o-p-o-r-q-u-e-l-o-d-e-c-i-d-i-ó-a-s-í. Porque está de moda.

Me explico: en mi país la gente está todo el tiempo riéndose, pero no porque está en una publicidad, sino porque la gente es así y no le queda de otra, o se ríen o se pegan un tiro.

De hecho, ahora que lo pienso, mi país visto desde afuera podría ser un país desarrollado. Y entonces ¿por qué no lo es? Sí, tiene razón Andresito: porque ahí la gente no puede escoger lo contrario de lo que tiene.

Venezolanos, sudamericanos, ¡yo quiero que seamos desarrollados! Así que olvidense de mariqueras y a ver televisión. No me vengan con escrúpulos intelectuales, que buena falta que nos hace la tele. Porque se los adelanto, yo ya estoy jodío. Yo, desgraciadamente, me leí más de tres libros por güevón e ignorante y ahora no hay marcha atrás. Coño, si lo hubiera sabido. La lucidez te jode. Y no se pongan con que dizque me las estoy tirando de erudito o intelectual de mierda. Si por mí fuera no los hubiera leído nunca.

Pero bueno, no soy yo el problema. Lo importante es la esperanza, y en Sudamérica hay mucha. El sur del continente americano es una tierra virgen, en la cual la gente no anda perdiendo su tiempo en libros, porque entre el sobrevivir y las telenovelas no hay tiempo pa esas mariqueras. Es un terreno fértil para la evolución libre y próspera de eso que osaré llamar el «proyecto TV infinita», a través del cual llegaremos finalmente al desarrollo. Esto es un llamado a todos los sudamericanos a la no-lectura: la televisión es el futuro. Si se me

las quieren tirar de intelectuales, porque sé que uno de vez en cuando tiene necesidad de eso, léanseme a lo sumo Coelho, que eso no le hace daño a nadie. Pero ni por el coño se me pongan a inventar con que quieren leer cosas como... Con la verga se los digo, ya me estoy encariñando con ustedes y no. Yo sé, los conozco. Si les digo esos dos o tres libros que van contra el «proyecto TV infinita», cierran esta verga y se me van derecho pa la librería a comprárselos y, por ende, a joderse la existencia. Porque ustedes son como mi ex. Basta que uno le diga que no le gusta que haga una verga pa que la haga. Quédense tranquilos mirando televisión porque para todos hay esperanza, hasta para mí. Porque gracias a la paciencia que han tenido para con mi escritura, me han ayudado a darme cuenta de que yo también estoy pasando del subdesarrollo al desarrollo puro y pleno.

Ahora que lo pienso, eso que hice con el macho-man esa noche, en la oscuridad de ese café lleno de mujercitas maquilladas, de olores a líquidos vaginales baratos, y de hombrecitos babosos que sacaban sus pechitos de cobardes y fumaban sin tener ganas, fue nada más y nada menos que una escena que vi en una telenovela venezolana o, tal vez, en una película gringa cuyo nombre desafortunadamente no recuerdo. Era una película estupenda con un gringo que les ganaba a todos con sus poderes que no eran sobrenaturales, porque ya Superman pasó de moda.

La nueva filosofía (que me disculpe la filosofía) de los estadounidenses es el esfuerzo: «si quieres llegar a ser un desarrollado debes esforzarte». Rambo no hubiera sido eso que era sin los años de preparación física que tuvo; Rocky nunca hubiera llegado adonde llegó sin todas esas trotadas mañaneras. El imaginario de los Estados Unidos de América está tapizado de heroicos ejemplos que nos

permiten verlo como el país cuyo esfuerzo viene recompensado por el estrellato, la gloria.

Latinoamericanos, en la vida hay que esforzarse. Las cosas no se le regalan a nadie. Sigán el ejemplo que yo lo estoy siguiendo. Yo en ese café hice lo que tenía que hacer. Me esforcé por realizar la única acción posible según mi educación novelística venezolana, fundada en los parámetros estadounidenses. Hice mi gesto heroico inspirado en esa película gringa cuyo nombre desgraciadamente no me viene a la mente. Hice algo que simplemente sigue las líneas de un país que nos ha demostrado grandeza. Así que dejen de pensar, aquí no hay nada que pensar. La mierda no tiene neuronas. Aquí hay que sacar la pistola, poner cara de Bush y colocársela en la boca al primero que se la quiera tirar de más arreo que uno. Es más, de antemano me disculpo con la película en cuestión porque, de hecho, todo aquel que quiera seguir el ejemplo estadounidense no debería quedarse en el mismo. Debe ir más allá y superarlo. La cosa que tenía que hacer yo en ese café, eso a lo cual estaba llamado, era a hacerle bajar los pantalones al machito y meterle, con la formalidad propia de la Casa Blanca claro está, la pistola en el culo y sacársela, metérsela y sacársela, sacársela y metérsela... como bien nos han enseñado los honorables estadounidenses a través de sus guerras heroicas y tácticas políticas internacionales.

De hecho, pienso haber comprendido eso que los Estados Unidos de América nos han querido decir a los sudamericanos durante estos años, de diferentes maneras. Cito: «Todo el que no está con nosotros, está contra nosotros». Y pocos instantes después de la frase, ahí te van bombas, soldados, embargos. O cito: «Este es el país de las libertades, de las posibilidades. Quien está aquí, está se-

guro». Y cada vez que se les muere un soldado en el extranjero o que pierden una guerra hacen diez mil películas. Lectoras y lectores, por fin entendí eso que muchos ignorantes observadores internacionales llaman ligeramente «opresión imperial», «injusticia» e «ideología capitalista sin límites». No se trata de eso, callen a esos izquierdosos de pacotilla. Lectores míos, el mensaje es claro: nuestra madre, la AMÉRICA, lo único que quiere es que nosotros, sus hijos del sur, nos regocijemos en sus brazos maternos. Es que es claro. Si cada vez que estamos en nuestros países se la mantienen jodiéndonos, embargándonos, saboteándonos, invadiéndonos y después diciendo que solo quien está dentro de sus fronteras está al reparo, que poseen el sistema perfecto, que el multiculturalismo es un *copyright* de ellos... pues está clarísimo el mensaje: ¡Sudamericanos, a invadir esa verga!

Es que todo está más claro ahora: ellos invadieron el norte de México; jodieron con las dictaduras del «Plan Cóndor» a Brasil, Uruguay, Chile, Argentina, El Salvador...; invadieron Panamá para tomar a Noriega, invadieron Guantánamo en Cuba... Sudamericanos es claro. No solo nuestra madre América nos ha hablado a través de sus películas y sus noticias exportadas, también a través de su historia gloriosa y sus movimientos políticos. ¿Cómo no lo habíamos pensado antes? Ella nos ha hablado de muchísimos modos y nosotros, mojoncitos de la verga, no hemos acogido con seriedad y franqueza su exhortación. ¡Hijos sudamericanos, a entrar en masa dentro de los brazos de su madre!

Pero como les decía antes, yo ya no le doy la razón a nadie. Porque, debo confesarlo, no obstante ahora tenga las cosas mucho más claras en relación con la enseñanza de la maestra, una vez más ella

me puso en aprietos, visto que no sé a quién debo seguir. ¿Debo seguir el ejemplo de la maestra o del alumno que quiera superarla? En el fondo me doy cuenta de que Bin Laden solo repitió sistemáticamente el ejemplo de su Madre y Maestra:

1. Se inventó un enemigo.
2. Se preparó con todos los medios posibles para atacarlo.
3. Lo atacó como Rambo ataca a todos los vietnamitas, es decir, matándolos a todos como si fueran sordos, mudos, ciegos y paralíticos o, en otras palabras, como si fueran güevones que se dejan matar.
4. Y por último, después de haber perpetrado todo ese desastre, se hizo el güevón.

No veo en qué falló el pobre. Bueno, de todos modos, como ya dije, es peo de ellos. Yo después de viejo no voy a estar metiendo las manos en el fuego por nadie. Pa mí los dos tienen razón, tanto Bin Laden como la Casa Blanca, por cuanto los dos siguen milimétricamente los mismos métodos.

Como le dije a mamá hace días: «llegado a este punto, si me dices que la abuela salió preñá del protagonista de la última novela venezolana, yo te creo». A esta altura no veo ningún motivo por el cual no creer en todo lo que me dicen. Si es que en esta mierda hasta la mentira pasó de moda.

Es más, se los voy a decir bien claro, si ahorita mismo viera a mi actual compañera, la malabarista del circo húngaro a quien le falta un brazo, haciéndole la paja al cabrón trotskista que se está cogiendo ideológicamente mi ex, no me asombraría. Así es el

mundo y así son los seres humanos. Todo es posible aquí. Hasta el sexo ideológico.

El compañero de mi ex se la mantiene con su peo revolucionario en la cabeza. Es tan marico que le dio por reivindicar el poder del proletariado, metiéndole el güevo a mi ex. Sus razones, no obstante no las desmientan, me son difíciles de digerir. Él afirma que mi ex es una riquita burguesa de mierda a quien hay que revolucionar a través de su órgano genital de izquierda. Pero es que la pobrecita no le hace daño a nadie. Lo único que hace en la vida es estudiar como una loca e inventarse problemas inexistentes, para después poder gastar su dinero en el psicólogo. No les puedo negar que toma su dosis de cocaína, siguiendo el ejemplo de su clase social, pero no pasa de eso. No veo en qué falla.

Pero no; para su trotskista, cogérsela es una prueba de la lenta pero progresiva caída del capitalismo. De hecho, según su teoría de la historia, después de las caídas de las torres de Nueva York y la caída del sistema ultraliberal argentino, el hecho de comenzar a cogerse riquitas ideológicamente se presenta como la tercera prueba historiográficamente irrefutable de la caída total del capitalismo. Él dice que cogerse a las riquitas es una acción comparable a la destrucción lenta pero progresiva del muro de Berlín. A veces me pregunto si piensa en Trotski mientras se coge a mi ex. Cuidaíto y no anda sublimando su amor platónico por Trotski en la vagina ideológicamente equivocada, pero hermosa y estrecha, de mi ex.

Les confieso que todavía tengo el olor en mi cuerpo de la coña de su madre de mi ex y que todos los baños del mundo no lograrán vencerlo. Me desestabilizó su presencia inesperada. Nunca me la debí coger aunque, aquí entre nosotros, no me arrepiento. Además, si queremos ser exactos no me la cogí. Nosotros hicimos simplemente el amor. Es inútil que les diga por qué, porque ya tuve modo de explicarlos. O al menos, yo hice el amor. Porque ella, bueno, ya saben cómo es ella. Ella anda en sus viajes paranoicos y, sinceramente, no sé si de verdad se dio cuenta de que era yo quien la penetraba. Tal vez pensó que era el mulato *free lover*, amigo de ella, que nos miraba mientras me hacía una paja. Yo prefiero engañarme y pensar que se dio cuenta. Como ya les expliqué, el amor es un poco engañarse.

La verdad fue que le pagué al mulato pa echar un tiritito, porque mi ex estaba drogada hasta el culo. Esa noche simplemente traté de encontrar, una vez más y por última vez, el amor que desde que escapé de esa ciudad, dos años atrás, percibía solo con mi memoria. Y si tenía que pagar por eso, qué más... Aquí la pregunta no es ¿eso tiene precio?, sino ¿cuánto vale? Pero tengo que confesarlo, no es fácil hacer el amor con algo que has pagado. Al final sublimé lo que sentí. Por primera vez después de nuestros años juntos sentí que mi cuerpo, que

las paredes de mi cuerpo, no contenían todo el sentimiento que en ese instante sentía por mi ex. Lectoras y lectores, se me desbordaba el sentimiento. Ese maldito estaba vivo, vivito y coleando. Demasiado vivo y demasiado real como para creerlo. Como para creer que en este mundo de mierda todavía hay algo que huele a flores frescas. Como para percatarse de que a pesar de todo, existe algo puro, oloroso, transparente. Claro está, ese algo es solo mío. Depende solo de mí, del último romántico de este mundo. Porque ustedes saben mejor que yo que, mirando con ojos objetivos a mi ex, la única cosa que nos darían ganas de hacer es ponerla a hacer el trabajito de Andrés. Porque «ciertos privilegiados» no soportan físicamente ciertos trabajos. Al menos en eso Dios es sabio. Sabe a quién hacer rico y a quién pobre. Lo único que podríamos hacer por mi ex, si de verdad la querríamos ayudar, es ponerla a destapar cañerías maracuchas bien llenitas de mierda, por culpable. Porque en este mundo sí que existe El Culpable, o mejor, La Culpable. Una sola. Ella.

Culpable por haber dejado morir de soledad la última ráfaga de amor que quedaba en este planeta. Culpable por haber dejado perder el último olor divino, hermoso, intocable, inefable, que podía cambiar el mal olor de tanto espíritu podrido. Mi ex es la única culpable, porque si es verdad que el amor mueve montañas, el mío hubiera movido todo el planeta. Lo hubiera sacudido, purificado, como el milagro del limón, la sal y las velitas que mantienen con vida a Andrés a pesar de tanta mierda. Ya estoy hediendo de verdad verdad. Ese coño de su madre del amor me está dejando solo con mi olor. Ya se fue. En esta mierda no hay más amor. Así que los dejo a ustedes también con sus olores, «mirahuecos». Aquí no hay nada que hacer. Tres a cero.

Exhortación

Ya sé que están esperando que les cuente lo que pasó esa noche en ese café. Pero no me da la gana, estoy cansado. Además, no me gustan los finales, ni los libros largos. Contarles eso me llevaría mucho tiempo y páginas. Pídanselo a quienes estuvieron ahí esa noche. Esos cagaos estarán orgullosos de contárselos.

Pero como yo les tomé aprecio, les voy a confiar un secreto que en realidad es un consejo. Tómenlo como el último consejo del último romántico que existió en este mundo: uno de los indumentos que representan al hombre moderno con el cual, podemos decir, comenzó realmente todo este olor a mierda, es la corbata. Tantas personas la usan para pasar por gente seria y perfumada, sobre todo aquellos que hieden más. Pero muy pocos saben para qué sirve. Se los diré yo en el secreto de estas líneas, visto que pocos las leerán.

La corbata en realidad fue el fruto de la angustia de un tipo en 1890; en ausencia de una televisión, se dio cuenta no solo de que hedía, sino de que estaba –sin haberlo pedido– en un mundo que a partir de ese momento comenzaría a heder todavía más y más. Un mundo en el que, al cabo de poco tiempo, no se podría vivir. Así que, en medio de un delirio que en realidad era lucidez pura, buscó

entre los objetos de su cuarto ese que le brindara la muerte súbita y sin sangre hedionda. Encontró un pedazo de tela.

Sin esperar, se la amarró al cuello, apretándola hasta más no poder. Cuando estaba casi por morir, alguien abrió la puerta diciendo: «disculpen, es que todo estaba abierto y pensé que...». El lúcido la miró con ojos de heroico loco suicida, que en cuestión de instantes habían cambiado y se habían convertido en ojos de chivo degollado. El lúcido estaba enamorado. El lúcido ahora era un ofuscado. Su teoría de que la historia del mundo era una mierda, etc., etc., etc., ahora se había convertido en una historia rosada de flores y pajaritos.

Lo cierto fue que la muchacha encontró lindo el pedazo de tela en el cuello del tipo y lo invitó a dejársela. En poco tiempo todos los hombres modernos, poco originales y copiones como son, también utilizaron la corbata, que se volvió un accesorio humano que hoy por hoy representa la modernidad en progreso.

El tipo se suicidó con más fervor y prisa dos años más tarde, no sin antes dejar una pequeña nota:

«Ya la tienen en sus cuellos, ¿qué esperan?».

Índice

Aves carnívoras	11
1	15
2	21
3	27
4	35
5	41
6	53
7	61
8	65
9	75
Exhortación	77

El último romántico

Impreso en los talleres litográficos

Editorial Metrópolis

en el mes de junio de 2024

500 ejemplares

Caracas-Venezuela